FINAL CON GRILLO

ATAHUALPA ESPINOSA

Atahualpa Espinosa (Zamora, Michoacán, 1980). Autor de los libros *El centro de un círculo imaginario* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2007) y *Violeta intermitente* (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002). Hace radio (aunque cada vez menos) y tiene una columna sobre música en *La Tempestad*. Está informalmente incorporado al sector precario del gobierno federal desde 2009 y es empleado de dos gatos.

FINAL CON GRILLO

El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos

Colección Invitación al Incendio de Narrativa 10

Atahualpa Espinosa

FINAL CON GRILLO

grafógrafxs

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR
Sergio Ernesto Ríos

EDITOR
Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR
Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO
Itzel González
Karen Hernández Salazar

PORTADA
Sergio Ernesto Ríos

ASÍ NOS QUEREMOS

Lo primero que vio al salir de la anestesia fueron las lámparas del quirófano, fuera de foco e inquietas, como si orbitaran en torno de su cabeza. Después, las largas figuras blancas que la flanqueaban. Una de ellas limpiaba la bandeja metálica, otra miraba con atención la sonda que salía de la bolsa a los pies de su cama y una más le miraba con fijeza, plantada junto a la cabecera. Parpadeó en cámara lenta varias veces, antes de saber dónde se encontraba.

—¿Puedo verlo?

Creyó que lo había pensado, pero la tercera figura se acercó a ella, así que debió decirlo en voz alta. Sintió que había algo demasiado calculado en los ademanes del médico, incluso desde los breves segundos antes de que le hablara.

—¡Hola! Qué bien verla despierta, señora Galindo —le dijo con una voz engolada, como de conductor de noticiero—. Soy Ricardo Matus. ¿Cómo se siente?

Incluso para alguien anestesiada, como ella, había razones para la sospecha. Levantó la cabeza, con las pocas fuerzas que tenía. Una congregación de figuras blancas (y unas cuantas más en traje de tres piezas o en traje sastre), lejanas, casi contra la pared, le observaba como si hubiera regresado de la muerte.

Se sobresaltó. Intentó erguirse, pero la mano del médico cargó sobre su hombro como una plancha y le presionó contra el colchón. Respiró hondo. Supo que estaba en su poder, bajo el poder de todas esas personas. Midió cada palabra y dijo, con lentitud:

—¿Qué pasa? Sé que hay un problema, sólo díganmelo. Es mi hijo, tengo derecho a saberlo. Es niña, es niño, nació mal… No me importa. Quiero saber.

El médico Matus se bajó el cubrebocas (tenía barba), se quitó los guantes y, con los mismos gestos, lentos y teatrales, dijo:

—Déjeme empezar por decirle, señora Galindo, que usted se encuentra perfectamente. Ahora, le quiero hablar con toda franqueza. Su niño, porque es un niño... bueno, un hombrecito… pero en un momento abordaremos esa parte. Su hijo no tiene un problema congénito, ni ninguna deformidad ni nada parecido. A lo que nos enfrentamos, por decirlo de una forma, es un asunto de otra naturaleza, referente más a la morfología o incluso a citología… verá, es más que peculiar, desconcertante, porque…

Una figura masculina de traje se adelantó y, con voz ronca, de motor a diésel, interrumpió al médico:

—Es Maluma, señora. Su hijo es Maluma.

—No importa, es mi hijo… —alcanzó a decir ella—. ¿O cómo? ¿Nació con facciones muy afiladas? —intentó hacerse escuchar, pero ya había comenzado la agitación.

Matus caminó hacia el hombre de traje, con el índice estirado como láser de TED Talk.

—Te dije… le dije, licenciado, que era mi responsabilidad comunicarle eso.

Las figuras de blanco y las otras empezaron a revolverse y todos parecieron olvidarse de la nueva madre, quien estaba por gritar, cuando el médico se acercó a ella y le dijo, con voz más calmada y sincera:

—El licenciado ya se lo dijo: lo que salió de su útero no fue un bebé, fue Maluma. Usted dio a luz a Maluma.

La señora Galindo tenía una o dos dudas. Intentaba elegir por cuál empezar, pero en ese momento una enfermera levantó la sábana, metió un catéter a su vena y su cabeza volvió a nublarse, como si subiera la marea. Sólo escuchó las voces que subían de tono al discutir, veía las siluetas revolverse y cerró los ojos.

Cerca del vestíbulo, en un pasillo cercado por personal del hospital, su esposo, el joven señor Téllez, se frotaba el mentón y resoplaba. Era imposible ocultar que "algo" había sucedido. Las enfermeras se deslizaban como linces y los doctores que creían murmurar lo hacían a un volumen ensordecedor, en medio del silencio. Había sido acorralado en esa esquina por cuestiones de seguridad: nadie sabía cómo iba a reaccionar cuando le dieran la noticia. Sobre todo (aunque eso no se lo iban a decir), el equipo jurídico del hospital trataba de calcular lo que podía obtenerse de ese nacimiento y debían adelantársele.

—Pero, ¿sabe qué?, no le creo —decía el señor Téllez, con las manos en la cintura y los ojos llorosos—. Hasta que lo vea, le voy a creer —terminó, casi gritando en la cara rubia del

licenciado, el mismo que había cometido la torpeza de adelantar a la nueva madre el anuncio.

—Es usted bienvenido a acompañarme —respondió el licenciado con tosquedad, habitual en él—, pero lo único que va a ver es a Maluma. Así, al chile, se lo digo. No sé si verlo le ayude a hacerse a la idea, pero es lo que sucedió.

En realidad, no era bienvenido a acompañar al licenciado a ninguna parte. Era un truco retórico: nadie tenía autorizado abrir la puerta de la habitación donde estaba resguardado quien, en toda regla, era su hijo.

El señor Téllez (no tenía edad para ser llamado "señor", pero su calvicie y panza prematuras facilitaban la fórmula de falso respeto) apoyó la frente en la pared y bajó las defensas. Sollozó, con algunas convulsiones.

El licenciado sintió algo de vergüenza ajena por los mocos del padre. Hizo acopio de su entrenamiento profesional para fingir lo que en sus cursos llamaban "empatía": el señor Téllez debía enfrentarse al hecho de que su hijo desafiaba los recursos verbales que cualquiera pudiera haber ensayado. No era un bebé con Down, no tenía los genitales ambiguos, ni era hidrocefálico. Era, sencillamente, Maluma. ¿Cómo iba a sentirse de otra forma?

Lo abrazó, incluso con (unas migajas de) sinceridad. Al momento que el señor Téllez sintió el abrazo, empezó a temblar más y más, hasta volverse una gelatina. El licenciado (era, en realidad, maestro en derecho, pero en el mundo de los abogados, el apelativo de "maestro" tenía una posición jerárquica

menor que la de "licenciado") le palmeó un poco la espalda, con una expresión de flojera infinita, pensando en todo lo que podía obtener de él, hasta que sus sollozos se fueron calmando y el señor Téllez empezó a recobrar la lucidez. El joven padre se concentró en el mismo punto de la pared que vio cuando empezó su llanto y recordó lo que, él creía, era la clave de su posición dominante: era su hijo y punto. Una persona famosa ahora le pertenecía, por decirlo de una manera. Era la oportunidad que había esperado toda su vida. Incluso podría dejar a su esposa, hacia la que nunca había sentido demasiado apego. Una vida de abundancia, bien merecida, lo esperaba, si sabía jugar sus cartas.

Hizo unos cálculos monetarios que le dieron vértigo y respiró hondo cinco veces. Luego plantó la vista ante el licenciado. Su expresión ya era de un autodominio absoluto:

—Entrégueme a mi hijo.

La señora Galindo, poco después, ya sentía el retiro de la anestesia. Pero, sin que lo supiera, entraban ahora en acción los ansiolíticos.

Para entonces, sólo quedaban en su habitación dos enfermeras y Matus (el médico no iba a soltar la parte de ese caso que estaba, por reglamento, bajo su autoridad). Afuera, una mujer en traje sastre gris buscaba permanecer invisible, sentada en una de las sillas que había junto a la puerta. Un esfuerzo superfluo, porque de cualquier forma tenía (lo había tenido toda la vida) un aspecto tan deslavado que se camuflaba con la pared, bajo la luz blanca.

—Ah, ya abre los ojos —le dijo el doctor Matus, con la misma voz abrillantada que le había hecho detestarle la primera vez—. Bienvenida de vuelta —siguió, con una sonrisa más falsa que primera plana del Excélsior.

—Quiero verlo, no importa que no sea normal. Es mío.

—Señora Galindo —empezó el médico en un tono más tranquilo, casi honesto—, no es tan sencillo. Es decir, dado que es una situación inédita, hay unos cuantos trámites previos, ya sabe. Nada grave, formatos, papelería…

Agitó los dedos para mostrar lo poco que la burocracia representaba para él.

—Lo importante —siguió—, es que se trata de su hijo y que, pues, viene con un plus, por decirlo así. Es algo que a todos nos conviene…

El doctor Matus se dio cuenta de su lapsus y lo corrigió como pudo.

—Sobre todo a usted, téngalo por cierto.

La virtud de los ansiolíticos es que permiten descartar todo lo superfluo y lo estorboso sin mayor elaboración. La señora Galindo sabía que estaba en marcha la maquinaria para lucrar con el nacimiento de Maluma, su hijo. Sabía también que, sin importar lo que hiciera, a menos que firmara un papel en blanco o fuera declarada muerta (aunque esto último sería un problema mediático más grave que cualquier demanda que ella pudiera entablar), podía relajarse y esperar el momento en que fuera necesario dar la pelea contra los buitres.

Lo difícil, lo que verdaderamente le enfrentaba a una encrucijada en ese momento, algo que le quitaba el sueño incluso bajo la inyección de benzodiacepinas, era otra cosa. Ahora tendría a Maluma cerca, para siempre. El mismo Maluma con el que había tenido tantos sueños eróticos. El Maluma por el que su boca abierta había derramado saliva durante los videos que transmitía Ritmoson. Se trataba, ahora, de su hijo. ¿No era eso un conflicto de intereses o algo parecido?

Un cuarto de hora después, ya bien asumida su posición a la ofensiva, el señor Téllez amagaba con traer al hospital a sus amigos influyentes, ficticios o sobredimensionados, teléfono en mano. El equipo jurídico del hospital había trabajado a marchas forzadas para interpretar el caso con el que se habían encontrado y, aunque los cálculos de las ganancias eran auspiciosos para la junta directiva, casi todo lo importante pasaba por una autorización de los padres. No habían encontrado un bebé "de repuesto", parido por otra paciente, ni cualquier coartada que sacara de la jugada a ese hombre inmanejable que parecía ser el padre. Todo había sucedido con demasiada velocidad.

—Mire, señor Téllez —murmuró el licenciado, en pleno modo serpiente—, ¿puedo hablarte de tú? Tenemos listos unos papeles que seguramente van a gustarte.

—Quiero verlos —respondió el otro, en tono mordaz, pues adivinaba que la oferta del hospital estaba por materializarse en cifras concretas.

El licenciado supo que era el momento de sonreír. Por fin, se iban a entender de hombre a hombre. Estaba por adelantar

al señor Téllez los detalles del arreglo, que seguramente él aceptaría, cuando uno de sus becarios se le plantó, con cara pálida, y le habló al oído:

—Licenciado, alguien lo filtró a medios.

El licenciado tronó:

—No me jodas, había dado instrucciones para que…

El licenciado no terminó la frase. Pensaba que tendría que haber confiscado los celulares, concentrar a todos en una sala y preparar un guion que se les habría obligado a seguir. Ahora era tarde y no importaba. "Te estás haciendo ruco, licenciado", se dijo (se hablaba a sí mismo utilizando el término 'licenciado'). "Estás perdiendo los reflejos".

Tomó el teléfono y ordenó al jefe de seguridad del hospital ponerse en contacto con la fuerza pública. A partir del momento de la filtración, contaban con pocos minutos antes de que las hordas empezaran a asediar el hospital.

En la esquina del cuarto donde la señora Galindo se debatía entre la duermevela y las visiones místicas inducidas, una enfermera aprovechaba que la habían dejado sola (Matus tomaba parte de una junta convocada con urgencia por el nacimiento de Maluma) para enviar mensajes a una velocidad que parecía superar la coordinación visomotriz de cualquier persona normalmente constituida. Le habían ordenado no alejarse de la cama, bajo ninguna circunstancia, refiriéndose al alejamiento físico, claro. Pero poco podían hacer para impedir que se escapara hacia la pantalla de su teléfono. Sólo un psicópata habría podido mantener una vigilancia

desapasionada sin sentir necesidad de compartir lo que acababa de suceder.

La mujer de gris que esperaba afuera había visto al médico salir y alejarse sobre el pasillo. Se puso de pie, giró con cuidado la manija, entró a la habitación y se acercó a pasos aterciopelados, silenciosos, hasta la cabecera. Tocó a la señora Galindo en el hombro, sin respuesta. Sopló en su frente y ella abrió los ojos. Le sonrió, pero la sonrisa que le devolvió era automática. Supo que habría sido inútil hablar con ella. Intentó ponerla en pie y sólo al forcejear para cargarla fue que la enfermera sacó la vista de la pantalla. Arrojó el teléfono sobre una bandeja y se fue sobre la mujer de gris.

—¿Qué está haciendo? Nadie puede entrar aquí, menos llevarse a la paciente. ¿Es familiar? —preguntó, buscando seguir de pronto un protocolo, pero más bien sonaba como si hubiera sacado al azar una tarjeta de una vitrina llena de frases impresas.

La mujer de gris no perdió la sangre fría.

—Ayúdeme a quitarle la sonda, vamos a sacarla de aquí —dijo a la enfermera.

—No, quien se va de aquí es usted, pinche loca —contestó ella, con el labio superior contraído por la mezcla de indignación y desconcierto.

Cuando le tomó del brazo para sacarla, la mujer de gris saboreó la ocasión de decirle:

—No sabes quién soy, ¿verdad?

La enfermera tuvo un instante de duda entre ignorar la pregunta y tomar en serio a la mujer de gris, es decir, a mí, por precaución.

Soy la heredera de los fundadores del hospital. A su muerte, la junta directiva abrió las inversiones a una firma, pero no pudieron impedir que siguiera como dueña de una fracción. Fuera de eso, me habían borrado. Por eso nadie podía distinguir mi silueta contra la pared, cuando esperaba afuera de la habitación. A veces, la gente no me ve formada en la fila del banco o cuando espero frente al mostrador de la carnicería.

Con todo, a los empleados aún les era necesario saber reconocerme.

—Señora Jovita, discúlpeme.

Estaba a punto de venirse abajo en un acto de contrición, pero la recompuse repitiendo la orden:

—Ayúdeme a sacarla —le dije, mientras tomaba a la señora Galindo de la axila—. Ay, pero no vayamos a lastimarla, ¿verdad?

Me quedé pensando unos segundos. O murmurando para mí, algo que hago todo el tiempo (no estoy loca). Calculaba que no tendría la fuerza para llevarla en vilo, ni con la ayuda de la enfermera. Sacarla en camilla sería demasiado aparatoso, pero entonces caí en la cuenta de que afuera podría estar desierto. Todo mundo estaría muy ocupado en lo suyo: chismorreando, espiando la sala de juntas desde el exterior o repartiéndose el pastel que era el hijo de la señora Galindo.

—Salga a echarme aguas. Avíseme si hay alguien en el pasillo.

La enfermera seguía de pie, como si le hubieran jalado el enchufe.

—Oiga, pero no sé. Ya ve que el doctor Matus es bien especial y…

Fue una de las pocas veces que he alzado la voz en los últimos años:

—No importa. El doctor Matus no importa, ni usted, ni yo. Entienda: pronto nada de esto va a importar.

La miré con fijeza, hasta que, aun sin entender nada, asumió como propia mi determinación.

—Ande, vamos a sacarla —repetí más calmada.

Se asomó al pasillo y me dijo "ven", con la mano. Me deslicé, sujetando la camilla.

Dos pisos más arriba, la sala de juntas del hospital era dominada por el desparpajo tiránico del licenciado, que aventaba indicaciones como confeti:

—El ángulo que debemos buscar es que todo sucedió aquí. Digan eso cuando den entrevistas, con orgullo, con *punch*. Esta es la sede del evento. Imagínense: van a venir a hacer reportajes, sesiones de fotos… un día van a poner una pinche placa dorada en la fachada o algo.

El señor Téllez se había logrado hacer invitar. Convertido en aliado del licenciado, seguía al detalle, lleno de admiración, cada una de sus intervenciones. Le gustaba su nueva vida, que había llegado de golpe. Ni siquiera alcanzaba a recordar el molesto hecho de estar casado con la madre de su hijo. En aquella sala se sentía en su elemento.

El doctor Matus carraspeó, para aclararse la garganta (mejor dicho, para asegurarse de que daría el timbre más grave posible a su histrionismo), antes de intervenir en el primer hueco que encontró en la perorata del licenciado:

—Creo… considero, mejor dicho, y lo digo no por mí, sino por todas las personas con las que colaboré, que sería benéfico hacer hincapié en que se trata de un logro hecho posible por el equipo humano, de primera —hizo un énfasis con el índice extendido—, que hay en el hospital.

El licenciado resopló de impaciencia:

—Ah, este cabrón. Miren, todos digan que Matus atendió el parto y encárguense de que salga bien pinche guapo en las fotos. ¿Contento?

Uno solo de los socios estaba presente en la sala de juntas (eran demasiado indolentes e ineptos para ocuparse de cualquier aspecto de la vida que no estuviera relacionado directamente con el adelgazamiento de sus cuentas bancarias, una situación de lo más rara). Ni siquiera lo sucedido ese día les parecía lo bastante apremiante y no encontraron razones para hacer otra cosa que delegarlo a sus asistentes. El socio en cuestión, entonces, levantó la mano:

—Difiero en un punto de usted, licenciado: tenemos que mantener la cautela. Seamos profesionales. Si atraemos demasiado la atención, nos la van a cobrar. No faltará quien hable de este nacimiento anormal, porque es anormal, como producto de una negligencia médica. El asunto se va a, como dicen, viralizar y las vamos a ver negras.

—No, ni de pedo —interrumpió el licenciado—. Perdón, señor, quiero decir, no hay por qué preocuparse por la atención, al contrario. ¡Es Maluma! Nació hoy, aquí. ¿Quién podría molestarse con eso? La gente nos va a amar.

El socio estaba decidido a rebatirlo, por pura terquedad o voluntad jerárquica, cuando entraron de golpe cinco hombres en traje, seguidos del pálido becario del licenciado.

—Chingada madre, te dije clarito: que nadie nos moleste.

El que encabezaba el grupo puso unos papeles sobre la primera mesa que le salió al paso y dejó la gorda mano abierta sobre ellos, como bandera en tierra conquistada. Empezó a hablar con calma, como si asumiera que se habían reunido sólo para escucharle:

—Buenas tardes, señores. Soy representante de Maluma. Vienen conmigo dos enviados de la disquera y nuestros abogados. Todo lo que hagan relacionado con Juan Luis Londoño, que así se llama Maluma, pasará por nosotros. Somos los responsables legales de gestionar los derechos de su imagen pública, nombre-marca y todos los productos resultantes o relacionados. Traemos los documentos que sirven como antecedente y hemos preparado otros para resolver la contingencia sucedida hoy.

Hizo una pausa insidiosa y echó para atrás su espalda.

—Pueden leerlos, y si tienen dudas, abajo está el presidente del sello discográfico, que ha venido solamente como gesto, para que aprecien lo mucho que le importa este asunto. Espero que no sea necesario hacerlo subir.

El licenciado congeló en el rostro una sonrisa. Estaba acostumbrado a procurar la opacidad, casi por reflejo, cuando la cosa se ponía adversa. Pero hasta el último de los presentes pudo escucharle cuando murmuró entre dientes:

—Me lleva la verga.

La enfermera encabezaba nuestro pequeño contingente, tan distraída por el nerviosismo que no daba una como halcón ni habría servido de mucho como diplomática, en caso de que topáramos de frente con el doctor Matus o alguien peor. Atrás iba yo, con unos brazos tan enclenques que habríamos ido más rápido si la señora Galindo, anestesiada, hubiera empujado la camilla conmigo arriba. La madre, en medio, aún en el éter. Soltaba una retahíla constante, en la que alternaba reflexiones con cierto sentido, como la duda sobre el tipo de trámite que sería necesario hacer para su hijo en el registro público, y otras frases incomprensibles, vagamente relacionadas con el mito de Edipo (o tal vez era que ese tema me había venido a la mente). Parecía sumida en un éxtasis místico.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté a la enfermera.

—No importa —dijo ella.

Tenía su atención en el final de cada pasillo y las sombras que pudieran moverse bajo las puertas cerradas. Pero nada nos interrumpió. Sólo faltaba dar vuelta en el último recodo. Me asomé con la ayuda de un espejito de mano. Había dos guardias flanqueando la puerta del dormitorio. No me serviría de mucho presentarme ante ellos con la misma autoridad de presencia que invoqué ante la

enfermera: estaban subcontratados por una empresa privada de seguridad.

Di vuelta fugaz a varias ideas estúpidas, como subir por la tubería de los baños, cargando a la señora Galindo, y bajar por la escalera de incendios, a la vista de la multitud que ya rodeaba el hospital. O atacarlos en una embestida suicida para abrirle el camino a las otras. Me interrumpió la enfermera:

—Señora Jovita, ¿y si aprovechamos que…? Con todo respeto, pero no sé cómo decirlo, ¿y si aprovechamos que nadie se da cuenta de su presencia?

—Espérese, déjeme pensar —le interrumpí, aunque de pronto me di cuenta de que tenía razón.

Ella podía cargar a la señora Galindo. Las dos se esconderían tras mi saco gris, abierto como paracaídas. Si nos movíamos con cuidado, si reducíamos el margen de error, era posible.

La enfermera tuvo que abrir la puerta del dormitorio mientras llevaba el cuerpo semiconsciente, porque yo no debía bajar los brazos. En cuanto entramos, incapaz de sostener el esfuerzo, arrojó a la señora Galindo como un costal. Al caer, ella se sacudió un poco y se golpeó la cabeza contra uno de los tubos laterales, pero nadie estaba en condiciones de lamentarlo demasiado, mucho menos ella misma.

Maluma estaba sentado en el borde de la otra cama, mirando la televisión. Llevaba una bata blanca que reflejaba una luz blanda, casi líquida. En la tele transmitían uno de sus propios videos.

—Todo esto es absurdo —decía en voz baja.

Nos había sentido entrar, pero no quitaba la vista de la pantalla.

En la habitación había un aire con densidad distinta. Como si la hubieran insonorizado. O como si el sonido se propagara linealmente, en suaves filamentos, no en ondas concéntricas. Me parecía que solamente podía escuchar un ruido si me concentraba en su fuente. Me di cuenta de esto, porque al principio creí que la tele estaba silenciada. Luego, al mirarla con fijeza, la canción se hizo audible, en una transición suave, como si enfocara el objetivo de una cámara. Las cortinas quietas difuminaban la luz de forma que amortiguaba los movimientos.

—¿Qué es absurdo? —le pregunté.

Maluma hizo una señal para indicar la escena del videoclip. Una alberca, trajes de baño y lentes oscuros. Alegría de diseño. El ritmo inescapable. Su propia sonrisa al centro de la acción.

—Lo que hoy acaba de sucederme es una señal —dijo—. Es la oportunidad que me dieron para cambiar. Para cambiar todo. Es una oportunidad para todos nosotros.

Puse una mano en su hombro.

—Tenemos que sacarlos a ti y a tu mamá. Apúrate… apúrese, señor Maluma.

Luego volteó a verme y al instante me sentí disociada, como si esa mirada vaciara lo que estaba pensando y lo que había planeado, para reemplazarlo con una euforia urgente. Como una especie de beatitud en 3D. Hasta entonces, tenía

todo muy claro: debíamos reunir a la señora Galindo con su hijo, antes de que se lo arrebataran. Debíamos ayudarles a escaparse juntos en secreto. Pero entonces olvidé para qué. Luego empecé incluso a olvidar qué era lo que había planeado.

—¿Saben dónde puedo encontrar tijeras y un rastrillo? —preguntó y se puso de pie.

—Creo que hay en el baño —dijo la enfermera.

Antes de encerrarse, dio unos pasos hacia la cama de su nueva madre. Esperaba una escena álgida de reconocimiento mutuo. Que, al verlo, se disipara la niebla farmacológica de la señora Galindo y Maluma se quebrara en llanto. Pero ella continuó con ese delirio intacto, y él la veía con la misma expresión de gracia (eso sí, hipnótica) que nos dirigía a nosotras, a las sábanas y a las paredes.

Pasó unos cuantos minutos dentro del baño. Cuando abrió la puerta, había desaparecido su cabellera teñida de rubio. Seguía con la bata blanca puesta, pero al tomarla en conjunto con su cráneo rasurado, ahora no parecía ropa de uso clínico, sino monacal. Entreabrió la cortina de la ventana con dos dedos. La ventana daba al vacío, en un cuarto piso. Alzó las cejas en silencio, como asintiendo ante los cientos, tal vez ya miles que esperaban verle o que, al menos, querían noticias suyas.

—¿Cómo ven, creen que estamos listas? —nos preguntó.

Igual que sucedía con los sonidos en ese aire, sólo tuve que concentrarme un poco para entender de qué hablaba.

—Sí, claro, vamos —le dije, poniéndome en pie de prisa y acomodando las solapas de mi saco.

La enfermera giró el picaporte y salió, luego Maluma y al final yo. Las protestas de los guardias llegaron en cuanto las esperábamos y también la sublevación ante la mirada de Maluma:

—¡Alto! Nadie puede sacarlo… perdón. Pensaba que… no, no sé ni qué pensaba.

Unos segundos más tarde, también seguían a Maluma por el pasillo, hacia el elevador y luego hacia la entrada principal, incluso dispuestos a defenderlo ante cualquier cosa que en ese momento les resultaba inimaginable. El personal del hospital, los enfermos y familiares que nos salían al paso se incorporaban al séquito sin dudarlo. El sol daba de lleno sobre las puertas de vidrio cuando llegamos a la entrada. Las empujó con la mano.

Las rejas del estacionamiento estaban cerradas y tras ellas habían colocado vallas (la policía local no había diseñado un protocolo para contingencias por renacimientos de celebridades, así que iban improvisando). Tenían previsto abrir un pequeño espacio acotado en caso de que Maluma decidiera dar autógrafos o acercarse de cualquier manera a su público. Había chicas y chicos con pancartas en las que se leían mensajes escritos en colores vivos, manifestaciones de sentimientos volcánicos o proposiciones audaces, joyas de la capacidad de síntesis. Coreaban sus canciones y llevaban playeras colgadas del hombro, en las que esperaban tener pronto un mensaje, de su puño y letra.

En cuanto puso un pie fuera del hospital, hubo un estruendo. A lo lejos, los gritos de euforia son idénticos a los

del terror. Maluma tendría que haber estado débil o agitado (aunque no sé si sea más cansado nacer la segunda vez que la primera), pero se veía más entero que nadie. Fue directo hacia la multitud y se detuvo a unos pasos de las rejas. No tenía intenciones de precipitar la catarsis: en vez de alentar con sus gestos una respuesta, hizo un saludo sobrio con la mano y casi exclusivamente con una respiración profunda, invocó el silencio. Tenía algo que decir. Buscó un sitio elevado desde el que pudiera dirigirse a todos. No había más que una ambulancia. Pidió ayuda a dos guardias para subir al toldo.

Hubo unos murmullos de preocupación, segundos que se alargaron entre la duda y el recelo. Pero en cuanto dijo el primer hola y sonrió, la rendición fue plena, entre gritos de júbilo.

—Quiero decir, antes de cualquier cosa, que te quiero. Sí, a ti —dijo, al público entero.

Habló en voz baja, pero se le escuchaba con nitidez. Creí que mi oído acababa de contraer una infección que me hacía percibir el sonido de una forma extraña (algo que habría empezado en aquella habitación). Similar a cuando entra agua por las orejas. Pero no tardé en darme cuenta de que se debía a Maluma. Y era tal vez por esa alteración que cada quien se asumía como destinatario de lo que decía cuando nos hablaba de tú.

—Sé que estás aquí porque te sientes sola y perdida —cada persona escuchaba "perdida" o "perdido", dependiendo de su género, valga la aclaración—, pero no lo estás. Estoy contigo.

Me doy cuenta: puesto por escrito, se lee ordinario. Y lo era, pero en ese momento sonaba como música sacra. Las chicas

empezaron a dejar sus pancartas sobre el piso, se acabó el brincoteo y nos entregamos a sus palabras.

—Estoy aquí porque es tu cumpleaños. Felicidades.

Volteamos a vernos, eufóricos. Antes de ese día, no habríamos creído llegar a ver el momento de recibir una felicitación personal de Maluma. Nadie de todos nosotros dudó que fuera su propio cumpleaños, ni nos detuvimos a calcular las posibilidades de que los miles de presentes compartiéramos el día de nacimiento.

—Además de tu cumpleaños, estoy aquí para que celebremos juntas el fin de la guerra, de todas las guerras… También el fin de la pobreza y de la catástrofe climática.

Siguió así uno o dos minutos más. Cuando su prédica parecía estancarse en una meseta, era capaz de redoblar la intensidad, aparentemente sin límite, hasta que llegó el momento en que el estruendo con que respondíamos a cada frase rompió la concentración de los participantes de la junta. (Hasta entonces, debían creer que no era más que un grupo de fans a la espera de noticias). Hubo un jaloneo cuando abrieron la entrada del hospital y comenzaron a gritar órdenes. Aún no entendían el influjo bajo el que estábamos, no habían empezado siquiera a notarlo. Para entonces, Maluma ya miraba con mutismo sardónico a los hombres que estaban por llegar al estacionamiento. Dejó que las cosas encontraran su lugar, detrás de sus largas pestañas. Fueron segundos eternos, en los que se mezclaron la incertidumbre (temíamos acaso ser expulsados con violencia del trance, de un instante a otro) y la expectación por verlos transformarse.

El primero en caer fue el licenciado. Se detuvo y levantó una mano, antes de ponerse de rodillas sobre el pavimento. Era como si hubiera sufrido un infarto. O mejor, una sobredosis de comunión.

—Debes ser el licenciado —dijo, por fin, Maluma, cuando él le miraba suplicante por unas palabras suyas—. Él quería venderme —dijo a la congregación, señalándolo—. ¿Qué les parece que debamos hacer con este hombre?

Alguien gritó: "¡Una libra de carne!". Antes de que terminara su eco, un coro comenzó a repetir la consigna, hasta que Maluma invocó el silencio de nuevo. Después de un momento de expectación, pidió un bisturí. Uno de los médicos más jóvenes que estaban entre el público se adelantó hasta él y sacó uno de su bata. Maluma lo recibió y lo levantó, como un trofeo, en un gesto que aplaudimos con fuerza. Luego, lo ofreció al licenciado, quien lo tomó obediente, casi aliviado de agradecimiento.

—Que él elija de dónde la tomará —ordenó Maluma.

El licenciado blandió el bisturí mientras revisaba posibilidades: su antebrazo, sus nalgas, sus muslos. Volvió la vista hacia el renacido, como para tomar fuerzas a partir de su influjo, y jaló con fuerza las lonjas de su vientre.

—¡Momento! —interrumpió Maluma—. Sé que estás listo, pero dame un minuto.

El público, en coro, respondía a todo lo que sucedía, como por oleadas, con murmullos o exclamaciones, subidas y bajadas. El licenciado se quedó con el bisturí apretado contra el

pecho, con expresión resignada. Aplaudimos hasta que el padre, el señor Téllez, llegó a su lado. Contuvimos la respiración mientras Maluma pedía ayuda para bajar de la ambulancia y se acercaba a él. Puso una mano sobre el hombro de su padre, que estaba postrado y temblaba con devoción y arrepentimiento.

—Padre, ponte de pie —le dijo con un tono de neutralidad inquietante.

El señor Téllez levantó la vista hacia él, pero sus piernas no respondían. Como para disipar su pavor, Maluma le besó la frente. Luego las mejillas y los labios, por un largo rato. Metió la lengua en su boca y lo abrazó con fuerza. Tan pronto se nos disiparon las dudas sobre la intención del gesto, empezamos a incitarlos con gritos. Se montó en él (Téllez seguía sobre sus rodillas) y siguieron besándose unos momentos.

Cuando se separaron, Maluma tenía una sonrisa amplia, en la que creí ver, como si saliera un instante del trance, un rastro de sorna. Si me hubiera resistido un poco entonces, tal vez me habría distanciado lo suficiente para adivinar cómo acabaría todo. Pero de cualquier forma, nada podría hacerse para evitarlo y como el resto de quienes estábamos ahí, supongo, prefería continuar bajo ese efecto, retenerlo hasta que se agotara.

Maluma preguntó a la gente qué debía pasarle al señor Téllez. Se gritaron varias respuestas en desorden, pero de alguna forma, no pareció que la elegida por él (señaló a una chica con el índice, asintiendo) fuera aleatoria.

—Repítelo, por favor, amiga —dijo con afabilidad.

La voz se escuchó apenas, como desde la habitación próxima en un hotel:

—Sus ojos. Que se saque los ojos.

Maluma duplicó la cantidad de beatitud en su rostro y la dulzura de la voz:

—Gracias. —Se volvió al señor Téllez—. Ya escuchaste, padre. Ve con el licenciado a un lugar callado, dentro del hospital, donde se sientan llenos de paz interior. ¿Dónde está el doctor Matus?

El médico se adelantó desfalleciente, a punto de desmoronarse como mazapán.

—Veamos ese pulso, doctor —le pidió Maluma.

Matus levantó las manos a la altura del pecho, con las palmas hacia abajo. Temblaban sin control, como si se hubieran independizado.

—Tú los vas a asistir en lo que haga falta. Usa una cuchara para sacar los ojos de mi padre, te suplico. Después, podrás liberarte de tus manos temblorosas, que se han convertido en una carga para ti. Te cortarás ambas. Primero la derecha y, con ella, después te cortarás la izquierda.

El médico no dudaba siquiera en poder hacerlo. Su mirada brillaba de anticipación.

—Todo es cuestión de fe —le indicó por fin Maluma.

Regresaron los aplausos enardecidos, que acompañaron al licenciado, al señor Téllez y al médico hacia el interior del hospital, hasta que desaparecieron.

Nos habríamos estabilizado un buen rato en ese nivel de euforia, pero una parte de la multitud empezó a rodear al miembro de la junta de socios, a los directivos y a los médicos de mayor jerarquía. Mientras los encapsulaban, ellos se quedaron perplejos, como ausentes. Reses en medio de un pastizal. Las manos empezaron a jalar de su ropa, pero no para arrancarla, sino para retirarla con delicadeza, hasta dejarles como recién nacidos. Ya no esperaban las palabras de Maluma, sino que adivinaban o presentían lo que debía pasar con ellos. Él los miraba pleno, dando a entender que sí le complacían. Los formaron en fila y les hicieron inclinarse hacia Maluma. Les picaron la espalda con tablas, pancartas y lapiceros, hasta que lograron ponerlos a oscilar uniformemente, de adelante hacia atrás, cada uno de ellos chocando rítmicamente el culo con quien tenía detrás. Entonces intervino Maluma:

—Sigan igual, pero doblen las rodillas y bajen —les dijo con la misma voz dulce y tajante con la que soltaba sus instrucciones—. Bajen más, más.

Los mantuvo así por minutos que se alargaban. En algún punto nos contagiamos de la oscilación y el golpeteo. Sin darnos cuenta, acompañábamos el ritmo, los más tímidos con movimientos de cabeza, unos más con palmadas y otros agitaban todo el cuerpo, sincronizados con las oleadas. Maluma había vuelto las palmas hacia arriba, con lo que daba la impresión de recibir toda la energía de nuestro movimiento o de canalizarla desde él hacia nosotros, no quedaba claro. Su cara era más extática que antes, dejaba ver que ya no era el director de

orquesta. Ahora compartía nuestro ánimo, estaba sumergido en la misma agua que nosotros. Eso creí, al menos.

No esperábamos que pasara algo más: eso era el centro de todo. Nadie repasaba mentalmente la lista del súper, ni (al contrario de lo que sucede en otras celebraciones) sentía la necesidad de cortejar, porque era como si todos nos amáramos sin reservas. Se aplicaba una suspensión provisional de lo que sucedía fuera de esa calle y de ese tiempo. Empezábamos a sudar y a flexibilizar o disolver enteramente los límites del espacio personal.

Alguien salió del hospital con una bandeja de comida. Llevaba un robusto trozo de panceta cruda y dos escargots. Se la ofrendó a Maluma, pero, por lo que alcancé a adivinar en sus gestos, prefirió que lo repartiéramos en pequeños trozos, apenas unas láminas, cortadas con un bisturí. No estuve entre quienes alcanzaron a probarlos, para mi decepción en aquel momento y para mi alivio, visto desde el presente. No duraron nada, volaron, entre gemidos de placer.

Estábamos lejos aún del cenit. Unas y unos habían empezado a desvestirse, a tocarse. El ritmo compartido empezaba a asimilarnos, como si estuviéramos encaminados a movernos y sentir como un solo organismo. Eso era solamente la parte del ascenso que podía adivinarse en aquel momento. No hay forma de saber qué habría pasado tras él, cuáles otros placeres o fusiones nos esperaban, de no habernos interrumpido la marcha de un enorme Bentley negro.

Estuvo pitando unos minutos para abrirse paso entre la multitud, hasta que al chofer le quedó claro que nadie se movería

(la multitud ni siquiera se daba por enterada). Entonces nos embistió. Pasó un rato antes de que alguien tomara en serio los cuerpos aplastados por las llantas. La euforia bajó de intensidad, se redujo el ritmo y desapareció la sincronía, pero, aun si disminuida, la celebración continuaba. Sólo Maluma abandonó su papel. Dejó caer los brazos y miró con sorpresa, casi alarmado, el coche.

Su preocupación no se debía a los cuerpos caídos. Una de las puertas traseras se abrió y bajó el representante, el que había interrumpido la junta en el hospital. Se ajustó los puños de la camisa y caminó entre resuellos a paso furioso, hasta el estrado improvisado (la ambulancia).

—Bájate de ahí y ven —dijo mientras manoteaba.

Maluma le veía como niño al que le habían dicho que se terminaba su tiempo en la alberca de pelotas.

—Espabílate ya —insistió el representante—. Vengo con Jim y no sé cómo calmarlo. Nomás te digo.

Al escucharle, Maluma perdió el color en un instante. Tenía el gesto de quien contempla perderlo todo; incluso, en uno de los escenarios menos catastróficos, la vida.

Tal vez era mi ubicación periférica respecto a la multitud más concentrada. O que en mi fuero interno siempre he sido una escéptica. Cuando escucho lo que desea presentarse como una historia de éxito, tomo una distancia instintiva. No hay grupo de autoayuda que no me haga reaccionar, casi por reflejo, con un comentario sarcástico. Creo que, en el fondo, todas las personas nos odiamos y estamos abandonadas a nuestro

propio sufrimiento. Cualquier intento de paliar el dolor es sólo una forma de retrasar la caída, y aumenta la fuerza del golpe. Estoy segura de que nuestro curso inevitable, como el cauce del río, es el desastre colectivo, a escala planetaria.

El caso es que era capaz de ver lo que sucedía, aunque no me importaba. Me atrevo a decir que lo sabía desde antes de la llegada del Bentley. Había una sensación de desastre inminente, como en los instantes previos a caer de la bicicleta, cuando una sabe que no terminará con el cuerpo intacto, y no hay nada que hacer. Pero daba lo mismo. Seguía envuelta en el ritmo. Nada podría haberme retirado de ahí, en verdad. Por un tiempo, fui capaz de olvidar la catástrofe climática, la segregación económica y las traiciones que me habían reducido a una firmadora de cheques y actas. Borré por completo el hecho de que no me quedaba, por el resto de mis años, otra cosa que una espera desoladora, con la espalda apoyada en el fondo de una calle cerrada. No recuerdo otra vez, desde hacía varias décadas, en la que se hubiera deshecho el nudo de aprensión anidado en la boca de mi estómago. Ese paréntesis se lo debía a Maluma.

Bajó de la ambulancia sin color en la piel. Me dirigí hacia el coche para ver de cerca lo que pasaba. Sin apresurarme, para no distraerles (aunque, claro, era innecesario; como me pasaba con el resto de la gente, eran insensibles ante mi presencia). Nadie más acusaba recibo de que hubiera desaparecido la conducción de la ceremonia, ni lo sabrían hasta después de mucho tiempo. Su representante metió a Maluma al coche del jefe de la disquera, tirándole del brazo. Jim era un tipo al inicio

de la vejez, con piel de color amarillo verdoso y el pelo, naturalmente rizado, peinado con aplanadora y gel hacia atrás. Lentes oscuros, como los que usaban los policías de las series gringas en los ochenta.

Habían dejado las ventanas abiertas, seguros de que nadie repararía en su conversación:

—No, no puedo regresar. Ya no soy el mismo, entiende. Tengo que aprovechar esta oportunidad para hacer las cosas de manera diferente. Para cambiar algo.

—No digas babosadas, cabrón —recitó Jim lentamente con acento estadounidense. Le costaba pronunciar, así que daba a sus palabras un tono plano, como si leyera un guion—. ¿Qué estás haciendo exactamente?

Maluma quedó en silencio, como si en verdad pensara la respuesta.

—Vamos a mi casa. Te voy a dar un pinche *whisky* y hablamos tranquilos allá. —Puso una mano en su hombro y le sonrió macabramente—. Pide lo que quieras. Piensa en el camino cualquier cosa que se te ocurra pedir.

Hizo un gesto al chofer para que avanzara, pero lo interrumpió Maluma:

—No, espera, me falta hacer algo aquí.

Jim le palmeó la espalda.

—Jajaja, tontito. ¿Qué te falta hacer? Explícame —le dijo con suavidad.

Maluma se veía confundido. Sin levantar la vista del asiento, parecía un paciente en el pabellón de dementes. Estaba

seguro de que sabía la respuesta, pero cada vez se le alejaba más. O no encontraba las palabras (tal vez no las había).

—Sólo quiero cambiar las cosas. Marcar la diferencia. No puedo dejar que todo siga como antes.

—No pasa nada —dijo Jim para consolarlo—. Ya lo hablaremos; queda mucho tiempo. —Le acarició el cráneo rasurado—. No tienes que preocuparte de nada. Nos va a ir bien.

El representante esperaba con un puro y la mano derecha apoyada en el cofre. Dejaba caer su mirada entomológica sobre la congregación de danzantes, sumidos en un trance a prueba de balas. Maluma levantó el rostro. Sin que entrara en conflicto con su papel fugaz de mentor, era posible ver el niño que había sido. Se había descorrido una cortina, que me dejó asomarme. Lo espié, veinte años atrás, jugando con una cajita de luces y música, aplaudiendo cada vez que se encendía el verde, su color favorito, con la grabación de unas percusiones contagiosas.

—No puedo dejarlos así nada más —le dijo a Jim, como si esperara que le importara.

—Invéntales cualquier mamada —gruñó, barriendo el aire con el dorso de la mano.

Maluma se tomó su tiempo. Abrió la puerta, hizo un saludo con la mano y forzó la sonrisa más convincente que pudo, antes de trepar de nuevo a la ambulancia.

—Oigan… oigan —repitió varias veces antes de que la atención de todos se dirigiera de nuevo a él.

Las caderas de todo mundo seguían moviéndose, con el mismo vaivén, como si golpearan el aire con el culo. Continuaba

el bamboleo de las cabezas y la fila de la junta directiva, todos desnudos. Antes de que nos diéramos cuenta, ya le veíamos como gatos al apuntador láser.

—Escuchen: tengo que irme.

Fue como salir violentamente de un sueño. Hubo un coro de exclamaciones y uno que otro grito de espanto (aunque más de un distraído seguía dando saltitos ensimismados).

—Me voy a la India. Quiero conservar la capacidad de ver las cosas como son, ahora que acabo de nacer. Y sé que la India sirve para eso. Me han dicho que es un lugar como espiritual o algo así.

Llorábamos, a medias por el miedo de perderlo tan pronto y también por la enorme belleza de su palabras.

—Cuando regrese, voy a ser más capaz de difundir mi poderoso mensaje. El que ya conoces. Me apoyas, ¿verdad?

El rugido masivo con que le respondimos no dejó lugar a dudas. Sabíamos que tenía razón y nos alegraba estar dispuestos a sacrificar nuestra cercanía con él. Era necesario (pensamos entonces) para lograr un bien mayor, de alcances mundiales.

—Nos vemos pronto, más pronto de lo que crees, con muchas sorpresas. —Aventó un beso con la mano, que atrapamos todos al vuelo.

Estábamos clavados al piso. Tal vez lo lógico habría sido que nos arrojáramos a él para impedirle marcharse o al menos tener algo suyo por última vez. Pero no se nos habría ocurrido siquiera. Éramos su rebaño. Lo seguiríamos siendo por

varias horas más, hasta que volviéramos a nuestro estado basal. Hasta que despertáramos de nuevo en medio de la vida que habíamos dejado y que nos esperaba, intacta, a la vuelta de la siguiente mañana, la siguiente vez que despertáramos en la cama. Maluma subió al Bentley y nosotros lo mirábamos sin parpadear ni movernos.

El representante hablaba por teléfono, desparramado en la tapicería del asiento del copiloto. Tapó la bocina y dio una instrucción al chofer que no alcancé a escuchar. Jim sacó un teléfono de su portafolios y se lo entregó a Maluma.

—Ten tu celular.

Lo recibió como si fuera un juguete nuevo. Se veía abatido y un poco alejado de todo, pero no podía disimular que tener el teléfono de nuevo en su mano le hacía feliz. Empezó a revisar las actualizaciones en sus redes y a comprobar que estuvieran todas las aplicaciones que usaba. Recompuso el gesto en un segundo para tomarse una selfi y luego volvió a su aire mustio.

Jim le tomó de la muñeca.

—Vamos a pedir una pizza, la que tú quieras.

Maluma se puso sus lentes oscuros con un movimiento veloz y discreto. El Bentley arrancó, y en el fondo de la calle el brillo de su carrocería se fundió con la puesta de sol.

Estábamos a poco tiempo de que nuestro día, todo lo que acabábamos de vivir, se despojara de sentido. Nuestro éxtasis empezaba su retirada gradual, pero Maluma había logrado dejar tras de sí un largo eco, tal vez previendo que el abandono fuera así menos doloroso. En ese eco, escuchábamos un

discurso que duraría largo rato más, si nos concentrábamos lo suficiente. Lo sujeté con todas mis fuerzas. Supe que ese discurso, esa voz como un canto, no tendría fin, con que tan sólo evitara soltarlo. Su contenido era distinto en cada par de oídos y, a la vez, era el hilo que nos unía, desde la señora Galindo y su deriva hipnagógica, que continuaba en el vestíbulo del hospital, hasta el último de los intendentes; desde las chicas que habían acudido a la convocatoria hasta los paseantes distraídos y ahora cautivos. Eres todo, me decía ese eco. Mira la puesta de sol, donde aún estoy, si cierras los ojos. Esa puesta eres tú y soy yo. Y mañana, apenas sale el sol, tú te vas corriendo y me encontrarás. Yo te acepto el trato. Puedo vivir en ti, como en una habitación. Y si quieres, te agrando el cuarto. Sí, conmigo te quedas. Aunque con otro te vayas, no importa, porque siempre volverás. Ahora me alejo por la calle, pero estoy aquí, soy tuyo. Somos ajenos, pero nos tenemos. Así nos queremos. Lo nuestro no depende de pactos ni creo en contratos. Sólo disfrútalo y siente el impacto. Un bum, bum, que te quema. Cuando te sientas perdida, nada hacia mí como una sirena. Y aunque te vayas, regresa a mí. No importa qué te digan, nos gusta así. Vamos a ser felices los dos, los cuatro, todos. Tú y yo.

DESPUÉS DE ELÁN

Cuando su silueta pasó de nuevo frente a la ventana, detrás de la cortina, en vez de timbrar, empecé a gritarle:

—¡Jesús! ¡Chucho! Soy yo.

Le grité aunque sabía que era inútil. Llevaba media hora sentado afuera, esperando que Jesús abriera. Empezaba a cansarme. Me habría ido, pero sabía que algo grave le pasaba. No se trataba de que no quisiera verme. Su hermana me había dado una idea vaga del problema, con algo de reticencia: nadie más que ella lo había visto durante los últimos días. Lo visitaba, dejaba en su cocina algo de comida y agua, hablaba con él o intentaba hacerlo y se iba poco después. Llevaba cerca de un mes sin salir de su casa. Ella me decía que estaba deprimido, tal vez lo creía, pero yo tenía razones para sospechar otra cosa.

Después de varios intentos, supe que no iba a servirme de nada la paciencia. Podría haberme quedado varios días así hasta que llegara su hermana y abriera la puerta. Esperé unos minutos a que oscureciera por completo, y le pegué con un hombro a la chapa, varias veces, hasta que cedió. Conocía ese departamento lo suficiente, era una chapa vieja. No creo que me hayan visto los vecinos.

Como lo había imaginado, Jesús no se sorprendió de que hubiera entrado alguien a su casa por la fuerza. Estaba de pie,

inclinado sobre el escritorio, con la vista fija en la computadora, pero la mente en otro sitio, a miles de kilómetros. Esa computadora era la única fuente de luz en todo el lugar.

—¿Qué hay, Chucho? —le dije, en el tono más neutral posible.

—Nada. Estoy bajando una película.

No había volteado a verme. Tal vez ni sabía quién era. En la pantalla sólo estaba la imagen de fondo, no había un solo programa activo. Estuve a punto de comentarlo, pero supe a tiempo que no tenía sentido, sólo se habría puesto nervioso. Además, no me debía explicaciones.

—¿Cómo estás?

Sí, le hice la pregunta más desechable que puede hacerse en una conversación, sobre todo entre dos personas que no se han visto en un buen rato, pero, ¿qué más iba a decirle?

—Bien.

También, claro, ¿qué iba a responder él?

Intenté hablar de cualquier cosa, pero me di cuenta rápidamente de que "cualquier cosa" podía resultar un tema sensible. Le pregunté si no había salido últimamente, sólo con el fin de hacer algo de plática. Pensaba hablarle, con toda condescendencia, sobre lo razonable que era quedarse en casa, después de los dos meses continuos de contingencia atmosférica que llevábamos por entonces y la nueva ley que obligaba a comprar algo cada vez que se abandonaba el domicilio, si no era para ir o volver del trabajo; pero ni siquiera respondió. Tampoco parecía molesto por mi presencia, si es que seguía

notándola. Me puse a curiosear un poco. Encontré una cerveza en su refrigerador, que destapé con un cuchillo cebollero. Me senté a beber a su espalda, en el sillón de la sala.

Un minuto después comencé a escuchar su monólogo. No era el tipo de parlamento distraído de quien acostumbra hablar solo, sino que parecía estarle hablando a alguien. El volumen era muy bajo, pero alcanzaba a comprender algunas palabras sueltas: "Esa no era la misma canción, vas a ver... era porque habías estado todo el día descalza… si quieres, puedo esperarte, no tengo nada que hacer". En medio de las frases, dijo dos veces "Joni", con jota (como *honey*), el apodo cursilísimo con que se llamaban su exnovia y él. Era la única pieza que me faltaba.

—Te metiste Elán, ¿verdad? Con Gabriela.

Fue la primera vez que dio una respuesta física ante algo que dije, desde que había llegado. Crispó las manos y contrajo el cuerpo, como si le hubieran apuntado con un arma. Gruñó algo y pude ver su cara a un cuarto de perfil. Después fue relajándose de nuevo, con lentitud, y siguió buscando o haciendo como si buscara algo inexistente en el fondo de pantalla de su computadora.

Durante las últimas semanas que estuvo con ella, nos había dicho a varios, como por accidente, que pensaba comprar Elán. Por supuesto, me desgasté buscando los mejores argumentos para quitarle la idea. Supongo que los demás hicieron lo mismo (con los mismos argumentos). Ahora me había quedado claro que nada lo habría podido disuadir, estaba desesperado.

Se recomendaba tomar Elán en parejas, siempre. De otra manera, no funcionaba o provocaba una experiencia intolerable, llena de delirios paranoicos. Despertaba una urgencia erótica, junto con sensaciones de afinidad hacia la persona que se tenía enfrente, con independencia casi absoluta de quién se tratara. Cuando esto sucedía con alguien que no era la pareja, fija o de ocasión (o alguien con quien, al menos, se había planteado la posibilidad de que lo fuera), se saltaban varios pasos en el reconocimiento mutuo. La atracción, que era casi inmediata, llegaba a volverse incomprensible y angustiosa. En cierto momento, se presentaban los síntomas que se describen en las reacciones adversas de cualquier medicamento de farmacia: jaqueca, vértigo, náusea, vómito… Tal vez eran una reacción defensiva ante la confusión.

Aun en parejas, lo más frecuente era que al desaparecer el efecto se esfumaban también las razones que uno de los dos tenía para haber estado con el otro. En el resto de los casos, tomaba unos cuantos días. La versión callejera aseguraba que sólo cuando había un vínculo profundo, este se afianzaba y se volvía permanente. Circulaban historias de parejas que se habían vuelto inseparables después de Elán, pero nadie las conocía directamente. Era una estupidez, claro. Si hubiera tendido más a creer en las conspiraciones, habría asegurado que su propósito (no el de la droga, sino el de quienes la habían diseñado) era más bien separar a la gente. Lo más probable era que esas historias de éxito no fueran más que una táctica de venta creada por un cártel (¿o el único?; nunca lo supe) que

distribuía Elán. Un cártel que, eso sí, tenía entre sus filas a miembros lo bastante astutos como para difundirlas. Jesús debe haberse tragado la propaganda entera cuando las cosas con Gabriela se estaban descomponiendo. En esa situación uno es capaz de tomar en serio cualquier alternativa, hasta vender las córneas para comprar un viaje doble a la playa.

No todo era sordidez, por supuesto. Había un buen motivo para que se hubiera vuelto la droga más popular para tomar entre dos, y era que no había otra que borrara los límites mutuos como Elán. Mientras duraba, cada persona se sentía implicada en la otra hasta el punto de perder cualquier reserva. Bien llevada, la experiencia estaba despojada de ansiedad. De acuerdo con los que la habían probado, podía llegarse a sentir un placer que, al evocarlo tiempo después, casi resultaba vergonzoso.

Los problemas empezaban durante el bajón. El síndrome de abstinencia de Elán era inseparable del síndrome de abstinencia de la persona con quien se había tomado. Mejor dicho, de lo que se sentía hacia ella. Esa cruda era difícil de sobrellevar. Además del malestar físico, estaba el problema de que, aunque se tuviera al otro ahí, desaparecía el efecto que su cercanía provocaba. La otra persona se volvía, al mismo tiempo, una droga inservible y la fuente del malestar de la abstinencia. Durante los días siguientes, el bajón se aliviaba, como pasa con todas las drogas, y se hacía a la pareja a un lado, con tranquilidad. En el caso ideal, esto le sucedía a los dos. Para aquellos con la suficiente suerte de tener esta correspondencia durante

el epílogo, no había mayor problema. La otra posibilidad, que uno de los dos se quedara "enganchado", por decirlo así, provocaba un malestar mórbido. Se aliviaba, tal vez, la necesidad de Elán, pero no de la persona. A veces esa necesidad derivaba en un cuadro degenerativo que invadía toda la personalidad. Y así llegamos a Jesús.

Tal vez debí haberme ido en cuanto terminé esa cerveza. Pero la opresión que había sentido al entrar ahí, por la oscuridad, el silencio y el desastre en que estaba convertido Jesús, me había engañado. Después de unos minutos empecé a sentirme como en mi casa. Mucho mejor, de hecho, porque en ese tiempo yo vivía en un departamento compartido entre ocho y ahora que estaba ahí, con Jesús, era como estar solo y sin nada que hacer. Él deambulaba, entraba a la cocina, se comía un plato de papas fritas y regresaba a la computadora. Cada cosa le tomaba el triple de tiempo que me llevaba hacerla cuando me sentía más relajado o distraído. En algún punto chocó con mi rodilla, dijo un "perdón" tan tenue que creí imaginarlo y regresó a la computadora. El resto del tiempo desaparecía de cuerpo presente. Llegué a olvidarme de él por momentos. Cuando sentí que empezaba a quedarme dormido, como a las dos de la mañana, salí sin despedirme.

Pasé unas semanas prometiéndome que al día siguiente, sin falta, volvería a visitarlo, pero el trabajo me lo impidió. Llegaba a quedarme hasta doce horas en la oficina esos días, lo que para alguien con una inclinación natural hacia la inactividad, como la mía, era un maratón. Al salir, no tenía ganas

de otra cosa más que de esconderme bajo las cobijas y ver un capítulo de *Plastic revolution!* en mi *display*.

Pero para mis amigos, yo era un flojo. Casi toda la gente que conocía acostumbraba hacer turnos de 16 horas como mínimo. Se quedaban a dormir en la oficina o tomaban lucidam o las dos cosas. Luego presumían su registro laboral durante las dos horas que se tomaban libres a la semana, de malas, porque la ley aún los obligaba a descansar. Había un sistema general de deuda, al que todos ingresábamos a partir de los 16 años, en el que estaban dadas de alta la mayoría de las empresas. Al menos, las mayores y que eran casi inescapables. Hasta se había creado una secretaría de la deuda, en donde se administraban todas las cuentas, individuales o compartidas. El problema era la facilidad con que se podía alimentar esa cuenta en números rojos, al comprar cualquier cosa (nunca había sido tan fácil comprar, decían los *spots*). También, con los servicios médicos, las escuelas, cualquier transporte público y demás. Aun si uno lograba escapar a todo eso, estaban las multas que habían aparecido por todas partes, y la imposición de una cuota de desempeño en todos los empleos, que al no cumplirse sumaba números rojos. Y nos habríamos podido quedar así, escarbando la brecha, tomando lo que se pudiera, total, que la deuda creciera, como se hacía antes. Pero ya no era tan sencillo. A alguien se le había ocurrido un mecanismo: si la deuda está registrada y administrada por una sola estructura, también se pueden homologar las sanciones por dejarla crecer. Y así, cada incremento

de la deuda daba de alta varios ajustes: menos pago por hora en el trabajo, aumento porcentual de las multas, bloqueos más frecuentes en la conectividad, visitas sorpresa de los polis financieros. Para completar el cuadro, otro alguien había deducido que si las personas se mueren y el sistema financiero es inmortal sería un contrasentido que esa deuda desapareciera con las personas. Se revivió entonces la norma de heredar la deuda al pariente más cercano o, en caso de no haber alguno, a la última persona con la que se hubiera estado en contacto sin fines de atención médica o religiosa. Cuando pensaba en Jesús, me era inevitable hacer cálculos del tamaño de su deuda (era casi imposible salir de ese sistema por causas de salud mental). Pensaba, también, que lo más probable era que se la heredara a su hermana.

Casi todos creían que era imposible vivir fuera de la deuda. Pero desde hacía unos meses estaba dispuesto a probarlo todo para escaparme. Apenas gastaba, si no era en agua o en la comida de paquete más barata. A veces, comía lo que descartaban los supermercados. Nada de suplementos ni fármacos, como los cavernícolas. No tenía calculado accidentarme o contraer enfermedades graves, para que me salieran las cuentas. No salía de casa más que a trabajar, para evadir las multas (era una regla que nadie tuviera un historial limpio de multas). Sobre todo, apenas tomaba de internet más de lo que me subsidiaba el trabajo, poco más que comunicarme con los jefes y actualizar mis perfiles obligatorios. Según mis cálculos, a ese ritmo estaba a dos años y medio de quedar en ceros.

La siguiente vez que llegué a casa de Jesús no tuve que esperar. Su hermana estaba ahí, me abrió con un gesto cansado, aunque amable, y me invitó a pasar. Me ofreció una cerveza y traté de aceptarla sin dejar que se notara demasiado mi entusiasmo. Me preguntó por mi trabajo, como si mis problemas fueran importantes. De ahí en fuera, hablamos de cosas cada vez menos importantes, hasta llegar a mi visita anterior. Prometí reponerle las cervezas que me había robado aquel día la siguiente vez que nos viéramos. No entiendo cómo le hacía para tener siempre cervezas en ese refrigerador. Debía dormir una hora diaria, tener un turno de trabajo infinito y una concentración de acero, para mantener su antojo y ser capaz de visitar a Jesús tan seguido, se me ocurrió. Eso me hizo notar que el Jesús en cuestión no se veía por ahí. Tendría que haber estado en su cuarto. En medio del primer silencio, me dijo:

—¿Quieres saludarlo?

Lo primero que pensé fue en responderle que no hacía falta. Que así estaba bien y además no se podía hablar con él, de cualquier forma. Pero al pensarlo me di cuenta de que no tenía qué hacer ahí, tomando su cerveza, si no era por Jesús.

—Sí, claro. ¿Cómo sigue…? —pregunté, pero, por suerte, no contestó.

Desapareció detrás de la puerta del cuarto durante un rato tan largo que no podía significar nada bueno. Tomé sorbos pequeños para acortar el tiempo.

Cuando salió, lo llevaba tomado de los hombros hacia la sala.

—¿Qué hay, Chucho?

El saludo iba dirigido más bien a su hermana, como si con él hubiera querido persuadirle de que no pasaba nada grave. Jesús estaba pálido, con las manos contraídas como tenazas de langosta y gordo, gordo, gordo. Murmuraba y gesticulaba a una velocidad impresionante, y era como si esa rapidez la restara a su desplazamiento, porque tardó lo que sentí como horas en llegar al sillón y sentarse. Derramó su espalda sobre los descansabrazos y no volvió a levantarse ni a alzar la voz.

Se suponía que su hermana y yo no debíamos tener mucho de qué hablar. Creo que era la tercera o cuarta vez que nos veíamos. Antes de eso, cuando Jesús estaba bien (o "bien"), apenas la había saludado. Pero ese día sentí que no hacía falta buscar pretextos para conversar. De pronto, hasta habría parecido que Jesús era la presencia incidental, y que los amigos éramos nosotros. Tal vez era que había pasado mucho tiempo sin hablar con alguien, fuera de mi trabajo o mi casa (aunque casi no hablaba con mis *roomies*), pero también podía ser que ella era eso que la gente llama una buena compañía.

Platicamos de todo. Intenté decirle, con cautela, que Jesús había tomado Elán, pero lo había descubierto antes que yo. Le agradecí que se tomara tanto tiempo para estar con él, algo que en ese momento no me sonó imbécil (era su hermano, no mío), y para recibirme, aunque debía tener tanto trabajo.

—Está bien —me dijo—. Creo que entiende más de lo que parece y puede que le ayude. Ya ves lo que dicen que pasa con la gente en coma.

Las cervezas me hicieron inventar, cuando estaba por irme, que había escuchado de un fármaco que le podía servir. Le prometí que buscaría toda la información que pudiera sobre eso. Se notaba que no me creía, pero me lo agradeció con una sonrisa sincera.

Iba un poco mareado cuando salí. Quiero echarle a eso la culpa de que me detuvieran cuando estaba a unas cuadras de mi casa. En cuanto sentí la presencia del robot poli, un modelo de los de entonces, con cuatro piernas de doble articulación, tuve el reflejo de tantearme los bolsillos para buscar un recibo de compra que hubiera justificado mi salida. Pero claro, no tenía ninguno de menos de una semana de antigüedad.

—Buenas noches, joven. ¿De dónde viene? —dijo con aquella voz que usaban, de locutor de madrugada.

Hice un cálculo veloz para darme una idea de cuánto tiempo había pasado desde que había salido de la oficina. Pasó por mi cabeza justificarme, decir que me había perdido al salir y estaba tratando de regresar o cualquier otro pretexto. Cuando extendí mi brazo y el poli escaneó mi brazalete, vi que habían pasado cinco horas desde mi salida.

—Diecinueve horas con cincuenta minutos, la hora de su registro de salida. ¿Compró algo?

Bajé el brazo con un gruñido. Al llegar a la casa, estaba tan oscuro que tropecé y estuve a punto de caer sobre una chica que se estaba quedando con nosotros, "temporalmente", en la alfombra de la entrada. No sabía cómo se llamaba. Me disculpé y pude hacer un último esfuerzo para encontrar mi

cama. Esa multa retrasaba varios meses mi plan de quedar en ceros. Me puse de mal humor, no pude dormir más que por cabeceadas. A las tres se me fue por completo el sueño. Mi vecino de cama estaba roncando y yo no hacía otra cosa más que ver una mancha en el techo que en la oscuridad me recordaba a un gato siamés que tuve cuando vivía con mis padres. Antes era más fácil tener mascotas. Era un gato muy cariñoso, no recuerdo haberlo escuchado gruñir una sola vez. Un día salió y no volvimos a verlo.

Fui al baño. Era fines de mayo y el piso estaba tibio. Mientras orinaba, tuve la sensación de que no le había mentido del todo a la hermana de Jesús. Cuando me despedí de ella no lo tenía en mente, pero ahora recordaba haber escuchado algo que, al menos, dejaba una puerta abierta.

Los primeros indicios venían de notas en revistas amarillistas o chismes deformados hasta la inverosimilitud. Desde hacía unos cuantos meses se había acumulado, en ciudades de varios países, una serie de desapariciones ("extrañas" o "misteriosas" eran los dos únicos calificativos que a todo mundo parecían ocurrírsele) sin aparente conexión. Había testigos que afirmaban tener evidencia directa de esas desapariciones, que sucedían de la manera más literal, a plena vista.

Apenas dos días antes, en la conversación de regreso a mi casa con un compañero de la oficina que vivía cerca, me enteré de algo más, que hasta entonces no había relacionado con esas noticias absurdas. Había una droga nueva, que apenas empezaba a distribuirse. Provocaba un estado de balance preciso: las

emociones disminuían en intensidad, todo resultaba aceptable. Más que aceptable, agradecible. Como si todo lo que uno deseara estuviera materializándose al instante, sin importar que antes pareciera anodino, molesto o hasta doloroso. Como si uno se sintiera, por extraño que parezca, "feliz".

Un efecto secundario era que quien la tomaba empezaba a alejarse de todo. Se abandonaba el trabajo y todo empezaba a resultar indiferente, incluyendo a las personas cercanas. Pero no en un plan depresivo, sino de un profundo y satisfecho desapego. Después de esto, las circunstancias, como las sanciones laborales y demás, obligaban a suspender el consumo (cuando no forzaban esa retirada quienes estaban cerca del consumidor), pero cuando se persistía, por las razones que fueran, eso me dijo mi compañero, la persona que la tomaba desaparecía.

—¿Cómo que desaparece?, ¿qué vergas es eso?, no mames.

—Pues así, de pronto no están. No sé si alguien lo haya visto cuando pasa, pero no se sabe más de ellos. No ha pasado muchas veces, creo, porque es una droga nueva y al parecer necesitas tomarla sin parar durante un buen rato. Además, dicen que es cara…

La explicación para esas desapariciones, en los nuevos chismes que circulaban alrededor de la droga, era que su sobredosis podía derivar hacia un punto en el que el consumidor era abducido. Me sonaba como una estupidez, pero no sé si, llegados a esto, un secuestro por parte de alienígenas era una perspectiva más inverosímil que una simple y llana desaparición. Y así era como se le acostumbraba presentar, "la droga

para inducir abducciones". Era un denominador tan atractivo, que el nombre de su sustancia activa se olvidaba con frecuencia: Alfaxom. Alfa, porque era el primer fármaco que tenía ese efecto (de ser abducido, faltaba más) y xom, porque no habían podido inventar otro sufijo para designar el efecto de la desaparición. Él, mi compañero de oficina, sabía todo esto porque tenía un contacto que podía conseguirla, si quería. Resultaba que la descendencia de jipis, *new agers* y el resto de los devotos de los alucinógenos había desarrollado la creencia, a través de varias generaciones, de que había vida extraterrestre con una inteligencia superior a la nuestra. Y más que eso, que había vida extraterrestre con una inteligencia superior a la nuestra que era amigable y sentía un afecto irracional por nosotros; que estaba dispuesta, hasta necesitada, de manifestárnoslo en cuanto estuviéramos "listos" para recibirlo.

No tenía tiempo ni ganas de destinar parte de mi deuda a drogas, así que ese día le dije que mejor me contara cualquier otro chisme que llegara a él sobre Alfaxom y más tarde, tal vez cuando fuera un anciano, la probaría. Sin embargo, aquella madrugada, justo antes de orinar las últimas gotas, tuve una epifanía de bolsillo y me decidí a aumentarle unos dígitos a mis números rojos. Sonaba un poco irracional poner las fichas ahí, pero total, Jesús no tenía muchas opciones y menos tiempo.

Antes de ir a su casa, tenía que conseguir varias dosis. Una cantidad suficiente para lograr que su hermana no la despreciara, por el esfuerzo que me hubiera costado reunirla, y convencerla de que lo intentáramos. Además, pensaba entregarle

el tratamiento completo, que lo encontrara más factible una vez que viera todas las dosis en la mesa.

Me tomó un mes decidirme a comprarla, pero al final estuve listo. Cuando su hermana volvió a abrirme la puerta, no pasó ni media cerveza antes de que empezara a decirle lo que me había propuesto hacer. Ella tomó distancia. Se recargó en el otro lado del sillón y al principio me vio con una cara de incredulidad, que fue cambiando a indignación. Se veía decepcionada de mí: una droga supuestamente recreativa era lo que tenía así a Jesús y ahora yo pensaba meterle otra que sonaba más riesgosa y menos explorada. Una droga que, en el mejor de los casos, iba a dejarle igual de improductivo que ahora (sólo que de buen humor; una ventaja que no pesaba lo suficiente). Peor aún, una droga que tomada en exceso podía hacerle desaparecer. Tuve que hablarle, eligiendo las palabras con cuidado, de todas las referencias que había recopilado. Al parecer, no había forma de que, bien administrada, tuviera efectos adversos, o al menos, no más indeseables que los que ahora tenían así a su hermano. Al final, no importaba gran cosa lo que yo le dijera. Creo que no me estaba poniendo atención, pero igual mi retahíla sirvió para crear un murmullo de fondo mientras ella pensaba por su lado y se daba cuenta de algo sencillo: Jesús estaba empeorando y no había mucho más que pudiéramos hacer por él.

De pronto, me interrumpió para decirme que aceptaba, pero que prefería administrarle la primera dosis mientras yo estuviera ahí, en caso de que algo sucediera. Fue a la cocina y

sirvió un vaso de agua en el que vaciamos un polvillo de una transparencia casi perfecta, que al caer al agua solamente era visible por sus reflejos. Era como vaciar un fantasma. Agitó el agua con una cuchara, puso el vaso en los labios de Jesús y lo hizo beberla (para entonces, él no podía siquiera sostener algo en su mano y solamente bebía por reflejo). Contuvimos la respiración mientras desaparecía el último trago y nos sentamos a esperar, sin poder hablar con la despreocupación de mi visita anterior. Media hora después, los tics de Jesús, que se habían acumulado hasta la parálisis, empezaron a remitir. Dejó su balbuceo y en su lugar quedó un murmullo suave, como un gemido de los que suelta la gente que usa audífonos cuando se entrega tímidamente al placer de lo que oye. Lo más importante fue su mirada, que pasó de la angustia casi paroxística a una serenidad que, cuando desapareció la primera sorpresa, casi nos daba envidia.

Su hermana intentó hablarle por su nombre. Supuse que era un exceso de optimismo, pero a la tercera vez volvió la cara y elevó la barbilla de una forma que inequívocamente significaba una respuesta. Nos reímos. Ella se puso de pie y abrazó a Jesús por los hombros. Empezó a sollozar y supe que era tiempo de salir al balcón o a ese espacio que llamaban así, pero no era más que una ventana junto a la cocina. Me tomé un rato para hacer cuentas de lo que acababa de gastar en la droga, era una operación inevitable. Apenas pensaba en algo más que mis números por entonces, incluso cuando trabajaba o veía series. Tal vez, en aquel momento, sólo el asunto de Jesús me distraía un poco.

Le dejé a ella el resto de las dosis que, me habían asegurado, bastaban para lograr un efecto duradero, con la advertencia de que las guardara en un lugar seguro, para evitar la sobredosis. Solamente un *shot* por día, le dije, aunque supe que ella lo investigaría hasta asegurarse de cómo hacerlo en forma segura.

De nuevo, pasé varios días sin poder hacer algo más que sentarme ante mi escritorio y fingirme útil, pero cada tanto escribía a la hermana de Jesús para saber en qué iban las cosas. Una noche me despertó una de sus llamadas, envuelto en mis cobijas. Me dijo que Jesús estaba listo para hablar.

—¿Quieres verlo o sólo te lo pongo en micrófono?

—No, no. Pon la cámara.

No era sólo que se hubiera recuperado, o más bien no era precisamente eso. Hablaba con normalidad, pero se veía mejor de lo que lo había visto nunca: más articulado, menos irascible, con una ecuanimidad que parecía blindada. Era él, sin duda, pero a la vez una versión de sí mismo que sólo existía como ideal.

—¿Y cómo te sientes? —le dije, ignorando que habíamos hablado lo suficiente para no llegar a ese punto de desperdicio verbal.

—Pues, ¿cómo me ves? —dijo, con una calma de analista de diván—. Me siento en paz, es todo lo que puedo hacer para describirlo.

El hecho de que estuviera tan gordo parecía incluso añadirle algo de razón a lo que decía, como si hubiera sido un buda con teléfono.

—¿No estás saliendo, Chucho… verdad? —le pregunté con preocupación.

—No, claro. ¿Para qué?

Me sonrió y asentí. Antes de despedirse, dijo:

—Muchas gracias, amigo.

Esa última palabra sonaba extraña, como si fuera sólo el cascarón de lo que significaba.

—Te paso a mi hermana.

Ella se veía tan aliviada por la mejoría de Jesús, que casi se podía pasar por alto el ahondamiento de sus ojeras (llevaba varios meses al cuidado de él) y la ansiedad por el crecimiento de su deuda, ahora que trabajaba para dos. Supongo que también me sucedió: fue tan fuerte la impresión por verlo hablar, que todo lo demás pasaba a segundo plano, incluyendo el hecho de que por muy bien que se viera, parecía tratarse de alguien más que estuviera usando su cuerpo.

Mientras me esforzaba por quedarme dormido, me llegó una de esas certezas que aparecen cuando son menos bienvenidas y arrebatan de nuevo la calma: Jesús no volvería. Traté de pensar que era una idea ambivalente, que el Jesús devastado por tomar Elán era siempre menos deseable y pude quedarme con la parte favorable antes de que fuera demasiado tarde para dormir unas horas.

No pasó nada que me resulte particularmente memorable durante los siguientes días. Amplié mi turno a trece horas y, como ya no me preocupaba tanto Jesús, no me hacía falta exponerme a multas por paseos superfluos. Sólo salía a la oficina.

Dos de mis *roomies* dejaron el departamento. Poco después, se fue otro de los inquilinos, un ingeniero electrónico que nos arreglaba todo en la casa. Durante el tiempo que sólo fuimos cinco *roomies* y se descompusieron la mitad de los aparatos y la instalación eléctrica, mi deuda tuvo que aumentar un poco. Pero logramos aguantar y luego redistribuimos el espacio para aumentar el número de residentes a nueve. En unas semanas logré regresar al nivel que tenía antes de comprar el Alfaxom de Jesús.

Eran las cinco de la mañana cuando me habló su hermana. No me importó que otra vez me hubiera despertado, me dio gusto saber que era ella (y sentía un poco de vergüenza por haber perdido el contacto). Pero de inmediato, su voz aterrada me puso en guardia: Jesús ya no estaba. No se había convertido en una persona distinta ni había sucedido cualquier desaparición en sentido figurado. Había simplemente desaparecido. O lo habían abducido, lo que fuera. Esa tarde, ella había estado en la sala, a punto de quedarse dormida, pensando en volver a su casa. Jesús debe haber encontrado el escondite del Alfaxom y se encerró en su cuarto con él, después de cenar. De pronto, ella recordó que necesitaba despertar más temprano que de costumbre al día siguiente, porque debía estar en una junta a primera hora, así que pensó en ponerse en camino. Tocó a la habitación de Jesús, pero nadie respondió. Cuando abrió la puerta, no estaba. No había ventanas o resquicios por los que pudiera haber escapado. Sólo no estaba, era todo. Cuando por fin logré terminar la llamada, ella seguía llorando.

Al día siguiente no fui a trabajar. Me quedé en mi cama, leí un poco y vi trozos aislados de series a las que no pude dedicar más que un borde de mi concentración. Sobre todo, estuve pensando. Intentaba juntar fuerzas para visitar a la hermana de Jesús, aunque me sentía demasiado culpable. Estoy seguro de que ella estaba deshecha, pero no me creí capaz de enfrentar sus reclamos. A las nueve de la noche, fui hasta la esquina de la oficina. Esperé durante cuatro horas, pero no salía mi compañero. Al fin, cuando estaba por decidir que lo buscaría al día siguiente, lo vi pasar. Estaba tan cansado que parecía un costal vacío y raído que se desplazaba contra toda lógica. Tuve que hablarle para sacarlo de su letargo ambulante. Le pedí el teléfono del *dealer*.

Tres días más tarde, tenía las dosis necesarias de Alfaxom. Las guardé en un lugar seguro, mientras arreglaba los detalles de mi plan: las tomaría de golpe, justo antes de tocar a la puerta de un director de banco, al que investigué durante varios días. Preguntaría por él, con su nombre y señas, daría unas cuantas claves para que quedara claro que tenía información que podría interesarle (era común que se entregaran datos sobre evasores del sistema financiero a cambio de acortar un poco la deuda). El portero de su edificio lo llamaría, él acudiría envuelto en su bata, malhumorado, pero a la vez intrigado y cauteloso, la esposa lo vería desde el umbral del vestíbulo y él la despediría con un ademán, porque mi apariencia no es de las que inspiran peligro. Conversaría unos minutos con él y antes de que sospechara que las pistas que yo le daba sobre evasores

en mi oficina no llevaban a ningún lado, me evaporaría ante su mirada. Toda mi deuda le sería transferida gracias a mi visita, porque él sería la última persona que yo habría visto en vida.

Por cierto, mientras hacía este plan, compré entera la deuda de la hermana de Jesús. La siguiente vez que revisara su cuenta, estaría en ceros. Era lo menos que merecía.

HOGAR, DULCE AGORAFOBIA

Muchos meses después de iniciar los trabajos, comenzaba su primer día en la casa remodelada. Era un mediodía fresco, de esos en los que puede verse el frío en los colores del cielo. Tal vez el aire era más cálido sobre la calle, pero sólo podía adivinarlo desde su estrecho balcón, situado en un cuarto piso, una altura desde la que ya no volvería a descender. El balcón estaba al otro lado de una puerta corrediza de vidrio. Abajo se veía la banqueta en una perspectiva que había memorizado muy bien desde la primera vez que visitó el departamento, después de haber decidido que no miraría el exterior de otra forma el resto de su vida.

No se trataba de una imposibilidad absoluta, por supuesto. El balcón estaba abierto hacia la calle, podía descender con la ayuda de cuerdas. Incluso si se arrojaba, tendría la oportunidad de ver el mundo desde el plano del peatón, durante la última fracción de segundo que transcurriera antes de chocar contra el piso y morir. O de la misma forma en que una serie de obras de albañilería había sellado la puerta y el resto de las ventanas, otra serie distinta de obras, no necesariamente tan meticulosas, ya que con toda sencillez, ayudándose de un marro o mejor aún de ese instrumento tan contundente, bello y poco nombrado, la almádana, se habría podido derribar los

muros y abrirse paso de nuevo hacia el corredor del edificio en que estaba situado el departamento. Y de ahí al exterior, la calle, el resto de la ciudad, todo lo que se hallaba más allá de los límites de la ciudad. Lo que le impedía hacerlo no tenía que ver con las leyes de la física, sino con otro orden lógico que para él resultaba más inabordable. La incapacidad, o falta de disposición, para abrirse paso hacia las razones que le mantendrían atado a ese sitio era el mejor antídoto contra cualquier posibilidad de retractarse: si esos motivos quedaban envueltos en una oscuridad parecida a la que empaña nuestros recuerdos más tempranos o los deseos que no reconocemos como propios, su integridad quedaría a mejor resguardo que escritos en un papel guardado en la más infranqueable caja fuerte del mundo.

Los materiales de construcción comenzaron a llegar el año anterior, una mañana sobre la que pendía un cielo muy parecido. Los sacos de cemento y cal, las varillas y los instrumentos se apilaron sobre la banqueta con la misma naturalidad que si se hubieran dispuesto para otra obra cualquiera. Se hicieron llegar al cuarto piso con el mismo esfuerzo que se habría requerido en el caso de una remodelación más ordinaria. Cuando el maestro de la obra llegó a la puerta con sus trabajadores, se aseguró de confirmar las instrucciones que había recibido, como si temiera que, concluida la obra, el habitante de ese pequeño espacio fuera a telefonearle, furioso, porque debido a un malentendido le había dejado confinado en su departamento y sólo hasta entonces se hubiera dado cuenta.

Sí, le decía, la ventana en este lado de la estancia y la del baño van a desaparecer, al igual que la ventana de la recámara. Quedarán tapiadas, sin resquicio alguno, como si desde el principio se hubiera tratado de muros de continuidad perfecta y nadie que pase los dedos a lo largo de la superficie a partir de este día podrá sospechar las fisuras que hay bajo la capa de pintura, donde anidarán historias que permanecerán silenciadas sin remedio. No, no quiero celosías ni tragaluces en su lugar, tal como le digo. Quedará esta puerta corrediza de vidrio en la sala, que da paso al balcón, desde donde puedo ver el tránsito de los vendedores ambulantes y vecinos que pasean a sus perros, una vista que deseo mantener intacta, como una alarma que quedará encendida sin pausa, esperando ser atendida sin tener jamás respuesta, una tentación que deseo tener a la mano todo el tiempo, creciendo hasta volverse, imagino, dolorosa y ante la que deseo plantarme con el mejor de los ánimos. Sí, tiene bonita vista, para tratarse de una zona tan poblada de la ciudad. Esta no se va a tocar, a menos que considere necesario aceitarla, cómo la ve. Vamos a instalar una reja de seguridad en la entrada, que sólo podrá abrirse desde el interior. El marco estará tapiado también, salvo por un hueco en el que se colocará una pequeña puerta abatible, como para gato. Y del mismo tamaño que si estuviera destinada a un gato, aunque no pienso tener uno, de forma que no pueda pasar siquiera un niño a través de ella, mucho menos un adulto con una complexión que pueda incluirse en el rango de la normalidad, un universo estadístico al que creo pertenecer, así que

me será imposible atravesarla. Porque tan importante como el hecho de que no voy a salir de nuevo, tal vez más, es que nadie entrará nunca a este apartamento, no habrá otra persona que franquee su límites, al menos mientras yo permanezca aquí. Por esta pequeña puerta deberá hacerse pasar todo lo que necesite de aquí en adelante, contando en primer lugar la comida. Cualquier otra cosa, es decir algo que exceda las dimensiones de esta puertecilla, deberá hacerse subir desde la calle, por medio de una polea que se va a instalar en el barandal. No creo que sea necesario para la puerta un tamaño mayor que esto, el espacio que hay entre mis manos, ese tamaño debe ser suficiente para una caja de cereal mediana o una sandía. ¿Cree que haya algo de mayores dimensiones que deba tomar en cuenta? Un garrafón de agua, tal vez, es cierto. Vamos a hacer esto, junto con los materiales que aún falta por comprar, consígame un filtro que pueda adaptar a la llave de mi tarja, así podré tener toda el agua limpia que quiera, hasta para usar en la lavadora o la cubeta del trapeador, si me da la gana. Si se vence su periodo útil, cabrá otro fácilmente por este hueco. ¿Las paredes y el techo? Blancos por completo, por favor.

Decidió también prescindir de adornos que colgaran de los muros: cuadros, fotografías o lo que fuera. Podrían haberse vuelto una condena, una presencia que sería más irritante y amenazadora, a medida que pasaran los días, meses y años, una recriminación desde el pasado que sería más incisiva cada vez, si se piensa en el tiempo que llegaría a durar su encierro, calculado con base en su esperanza de vida o en el mero sentido

común. Comentó con el maestro tres o cuatro precisiones más sobre los trabajos y cruzó el umbral hacia el exterior, sin pensarlo mucho mientras lo hacía, en pos de la pequeña multitud que, imaginaba, se había acumulado en respuesta a la convocatoria que había hecho para una rueda de prensa. Repasaba las palabras que había planeado con cuidado para la ocasión, mientras bajaba los escalones. En la calle había un camarógrafo y una reportera esperándolo, solamente ellos, enviados por la dirección de un pequeño canal de televisión local. Fingió que hacía una llamada y recorrió la manzana, ida y vuelta, deseando que llegaran otros corresponsales al lugar, pero era evidente que nadie más había respondido al llamado, a pesar de que se trataba de un tema que había imaginado irresistible para los programas de variedades y la sección de curiosidades en los noticieros. Aun tuvo que apresurarse para hablar con ellos, cuando los vio decididos a desmontar el tripié y enrollar los cables de nuevo, impacientes por su retraso. Los saludos y presentaciones fueron brevísimos, nada más que un pretexto para ajustar el cuadro. El gesto de la reportera se volvió radiante en un segundo, como por efecto de la hipnosis, y durante un instante, él creyó ver confirmado su presentimiento, mejor dicho deseo, de que el vaivén de preguntas resultara de lo más rutinario, para soltar a contracorriente un parlamento que sacaría de balance a la entrevistadora y a la audiencia. No esperó siquiera a la segunda pregunta para hacer entrar, como con calzador, las palabras que había preparado, con las que detallaba las razones de su empresa. En primer lugar, se trata de

probar, simple y llanamente, que las condiciones del entorno social contemporáneo lo permiten, dijo, esforzándose sin éxito en atenuar su arrogancia. Los límites del hábitat individual pueden ser de lo más restringido en el plano espacial, lo que no hace extensivas estas restricciones al plano de lo social. Al contrario, espero que esto (mi "pieza", si es que se me permitiría llamarle así) se vuelva un símbolo vivo de las interconexiones dinámicas con las que se sostiene el entramado que hemos creado, en el que la forma de vida que me dispongo a llevar no resulta una aberración, un resquicio que para ser abierto debe alterar el funcionamiento del resto del sistema, sino que, por el contrario, resulta…

Pero, ¿la vida de recluso no había existido, de una u otra forma, en otras culturas, durante gran parte de la historia del mundo civilizado?, preguntó la reportera con impaciencia cuando encontró un brevísimo hueco en la retahíla. ¿No resulta necesaria de cualquier forma la cooperación de otras personas para sostener esa forma de vida, de igual manera que lo había sido, por ejemplo, para los monjes en aislamiento, los enfermos mentales o personas en cuarentena?

La miró fijamente, luego a la cámara, en una pausa que esperaba interrumpir cuanto antes, gracias a la llegada de una ocurrencia milagrosa, y durante la que se dio cuenta de que no sabía qué más decir, una vez que terminó con la palabrería que había masticado hasta volverla un bagazo insípido. La reportera había perdido el gesto relajado. Él siempre había sido torpe para responder una pregunta bien hecha o en general

para sostener una conversación a buen ritmo. Le pareció una afrenta que una persona capaz de plantear una pregunta como aquella tuviera ese trabajo. ¿No era esta una entrevista para divertir a los televidentes, en un ambiente familiar, como le llaman, a una hora en la que todo lo que se necesita oír es un sonido de volumen y regularidad suficientes como para ensordecer la masticación? ¿De dónde salían las ganas de meterlo en aprietos?

Bueno, dijo por fin, aquí el matiz que lo vuelve diferente es, diríamos, arquitectónico. Lo que está en juego esta vez es la creación de una vivienda que, en rigor, es… digamos, es como cualquier otra de su contexto, salvo por un detalle: funciona no como un… ¿dispositivo?, que puede abandonarse a voluntad, sino que plasma, perdón, fija a un sujeto en el espacio…

Era evidente, para él en primer lugar, que había perdido el rumbo, pero igual siguió hablando, como un ebrio que no puede evitar que se alarguen sus argumentos hasta perder la forma.

Dices que has calculado todo, siguió ella, de forma que nunca necesites abandonar ese pequeño departamento de nuevo. ¿Cómo vas a resolver tus necesidades básicas, sin hablar de otras, tal vez menos urgentes?

Al fin, ahí estaba un tema que podía tocar, aunque fuera de forma superficial, porque no deseaba entrar en demasiados detalles acerca de cuestiones que ni siquiera se había planteado. Era un ejercicio de negligencia minuciosa, evitar asomarse a todos los sitios por los que sus planes podían hacer agua.

Le despertaba un temor cercano al cosquilleo darse cuenta de que tantas cosas podían salir mal, y a la vez saberse incapaz de retroceder. Habló de esa idea en unas pocas frases sobrepobladas de monosílabos, mencionó de paso el teléfono, el empleo que podía realizar en línea, la tienda de don Jacinto que contaba con servicio a domicilio, y abrió una pausa para la siguiente pregunta.

Cuando hablaste de tus razones, sonaba casi a un proyecto de investigación o un asunto comisionado, pero al final estamos hablando de una vida que será siempre así en adelante. Tu vida, en concreto. ¿No hay razones personales, digamos emocionales o afectivas, para arrojarse a esto? ¿Algún evento traumático?

Bueno, se me hace tarde, muchas gracias por venir. ¿Cuándo se va a transmitir? Qué bien. No tengo televisión por cable, ya sabes, es parte del plan, pero puedo avisar a mis conocidos. Me encantó la entrevista, gracias de nuevo. Ya habrá ocasión, maldita perra astuta (pensó, mientras caminaba hacia el supermercado para hacer algunas de las últimas compras), ya habrá ocasión de anunciar mis razones personales. Es decir, cuando las haya, porque no hay nada personal ni, ¿cómo dijo ella?, afectivo, en todo esto, que parte de una vocación real, no de un intento por compensar una herida emocional ni nada parecido, aunque tal vez varios de quienes me conozcan quisieran contradecirme. Aquello sucedió hace mucho y ahora hay algo nuevo, que me interesa más de lo que alguna vez me interesó ella, la persona a la que podría atribuirse la hipotética herida emocional. Es decir, falsa herida, no hipotética.

El día que finalizaron las obras, uno de los albañiles bajó por una cuerda del balcón a la acera, después de resanar la puerta tapiada y de pintarla. Cuando el albañil pisó la banqueta y desanudó la soga, él la miró caer, como agua derramada que no volvería a reunirse en un vaso. Se despidió con la mano y regresó a la estancia silenciosa. Estaba cansado y hacía frío. El sillón en que estaba recostado contuvo los primeros estremecimientos de su cuerpo. Era tarde, el momento del día previo a la oscuridad, y se sentía como en un coche que quisiera dejar en neutral hasta que se detuviera por sí mismo. Podría haber trabajado un poco, si lo que hubiera deseado fuera evadirse, pero sintió que, paradójicamente, era una actitud más responsable de su parte no hacer nada: obligarse a asumir su nueva situación. Comenzar su aislamiento con el pie derecho era aprender cuanto antes a sentirlo en todo su volumen. Fue a su cama, se envolvió en las cobijas y poco más tarde entró a un sueño intermitente pero, a ratos, profundo.

Al mediodía siguiente se tomó dos horas para poner algo de orden en la casa y sentarse en silencio durante un momento, en el que reunió la voluntad suficiente para, ahora sí, ponerse a lo de sus pendientes laborales. Su trabajo, por cierto, era algo a lo que él le gustaba aludir como servicios de asesoría digital, esperando que resultara lo bastante indistinto como para enmascarar su falta de pericia en cualquier área específica y, sobre todo, para encontrar la mayor variedad y cantidad posible de encargos que pudieran realizarse a distancia, es decir, sin ir más allá de ese espacio que se había propuesto no volver

a dejar. Uno de sus clientes (durante un maravilloso periodo de casi dos meses, aunque eso no suele aclararlo en su CV) había sido una cadena de tiendas departamentales, a la que le llevó las cuentas de redes sociales. Confiaba en que ese solo antecedente le hiciera de una carpeta de clientes suficiente como para mantenerse durante varios años más. Por ahora, había una empresa que le empleaba de manera más o menos fija, a la que había convencido de replantear su "estrategia de comunicación", a la espera de que tardara uno o dos meses en darse cuenta de que no tenía mucha idea de lo que hacía.

Tuvo un corto avance antes de regalarse una pausa para hojear unas revistas, mirar la ciudad desde el balcón y revisar cada sitio del apartamento, como si necesitara aprender a sentir apego por él de una manera nueva. Cuando llegó la oscuridad, no había adelantado casi nada y llamó al minisúper de don Jacinto para encargar un poco de comida. El dueño de la tienda conocía de primera mano la historia de la reclusión. No había fingido aprobarla, pero cuando se la explicó en persona, unos cuantos meses atrás, le dio un voto de confianza, a medio camino entre las ganas de ya no escuchar sus razones y una muestra de simpatía, y le ofreció su apoyo con la mejor disposición. Cuando el empleado del minisúper tocó a su puerta, tuvo la oportunidad de comprobar, satisfecho, que el sistema ideado por él funcionaba sin problemas. Abrió la reja de seguridad, tomó la terminal de cobro, deslizó en ella la tarjeta y el empleado entregó a cambio la compra. Cerró de nuevo la reja, que se deslizaba con facilidad.

Después de una cena ligera, decidió que no trabajaría más aquella noche. Se desvistió para meterse en la cama y puso una película en su laptop. Antes del final, se levantó al baño y cuando quiso jalar la cadena descubrió que no había agua. Era la primera contingencia, de entre todas las que había preferido no contemplar, que se materializaba. Por la mañana, el contenido del escusado había refinado su aroma y le aguijoneaba la nariz. Se arrepintió de no haberse bañado los dos últimos días, como si sus axilas hubieran comenzado a apestar apenas unos minutos atrás. Utilizó la mayor parte del agua que había en el último garrafón que compró para vaciar la taza del baño y enjuagar las partes de su cuerpo que más lo necesitaban, según su criterio. Las siguientes horas trabajó a medias (por algún motivo, había supuesto que el confinamiento le ayudaría a combatir sus permanentes, y nada originales, problemas de falta de concentración), interrumpiéndose para comprobar de vez en cuando que el agua seguía sin salir de la llave. Tuvo que limpiar unos trastes con una servilleta apenas humedecida y comer en ellos, reprimiendo el asco por una suciedad que seguramente era apenas mayor de lo habitual, si se considera que no acostumbraba lavarlos con minuciosidad, ni mucho menos. Pensó, se obligó a pensar, que si esto hubiera pasado unos días antes, se habría enfrentado al mismo problema, salvo por la posibilidad de comer fuera de casa, que ahora no tenía. No debía ser tan complicado, si lo reflexionaba con la mente un poco más despejada.

Llamó a la tienda de don Jacinto y pidió un garrafón de agua. Unos minutos más tarde, vio que el garrafón no cabía por

la pequeña puerta, tal como le habían advertido. Pidió al empleado que saliera a la calle, tomó una cuerda que había guardado en el clóset y la arrojó edificio abajo, sujetando uno de los extremos. El empleado anudó la cuerda al asa del garrafón. Tiró de la punta que sostenía, después de pasarla sobre el barandal del balcón, a manera de polea. Era más difícil de lo que había calculado. Cuando iba a medio camino, la cuerda se resbaló entre sus manos y tuvo que soltarla, por el ardor de la raspadura. El garrafón de plástico tembló en el aire como una gelatina en las fracciones de segundo que duró su caída y reventó a poca distancia del empleado que se protegía la cabeza con los brazos.

Cuando se sobrepuso un poco a la vergüenza, pidió a gritos, eligiendo con cuidado las palabras, que le llevaran otro garrafón. El empleado exprimía su ropa en la banqueta y estaba a punto de dar la vuelta y marcharse, sin responder, pero recordó el compromiso que había hecho el habitante de esa ratonera de darle una buena propina cada vez que le llevara un pedido. Sin dejarle muy claro su asentimiento, fue a la tienda y volvió, cosa de una hora más tarde, con un garrafón nuevo, que dejó sobre la banqueta. Desapareció bajo el portal del edificio y subió las escaleras. Tocó a su puerta, entregó la cuerda enrollada para subir el garrafón por la ventana y pidió el importe en efectivo. Se descompuso la terminal de la tarjeta cuando se mojó, dijo, aunque él vio que se había roto después de que la arrojara al piso cuando se protegió la cabeza. Fue a la recámara por el dinero, las últimas monedas que, pensó, manejaría en su vida, pero no era suficiente. ¿Puedo pagar el

resto cuando se arregle la terminal?, preguntó. Don Jacinto sabe que voy a estar aquí cuando quiera cobrarme. Nadie podía dudarlo, pero de igual forma el empleado bajó furioso los escalones y llegó al garrafón para atar del asa un extremo de la cuerda. El otro estaba amarrado al barandal del balcón. Lo subió con ayuda de unos guantes de cuero y unos esfuerzos que, imaginó, terminarían por desmayarlo.

Cuando recobró el aliento, bebió hasta que la hinchazón del estómago le hizo detenerse. Orinó en la coladera, que lavó con un poco de agua. Cepilló sus dientes. Humedeció un pañuelo y se lavó todo el cuerpo. Trabajó un poco más, leyó tres páginas del libro que no había terminado en meses (lectura por gusto, si puede llamarse así) y cayó dormido.

El agua tardó casi una semana en volver a su tubería, cuando sintió que se encontraba al límite de su resistencia, aunque tal vez no habría sucedido nada grave si el corte se hubiera prolongado un poco más. Pensó que su rutina por fin podría tomar el ritmo definitivo, y dispuso de tres días para lograrlo, que no fueron suficientes. La tarde del tercero recibió una llamada de la empresa a la que "asesoraba", anunciándole que su encargo terminaría al mes siguiente, sin prórroga y sin remedio. Sí, conocemos tu situación y por el momento no hay algo que podamos ofrecerte, aunque no dudes que dejamos la puerta abierta para, tan pronto haya una oportunidad, invitarte a colaborar con nosotros de nuevo. Apreciamos los valiosos servicios que has desempeñado para esta, tu empresa, y te deseamos…

Segunda eventualidad. La peor posible, se le ocurrió entonces, aunque acaso estaba sobreestimando su suerte. Trató de adivinar el monto de su cuenta de débito, sin atreverse a verificarla en línea o por teléfono y se dijo que en la estimación más pesimista, debía alcanzarle para dos meses. Calculó su consumo diario de sólidos, líquidos y misceláneos. Hizo una tabla en la que registró el uso diario de cada producto y servicio (incluso considerando un consumo excesivo, de forma que se encontrara con un excedente "sorpresivo" que le devolviera un poco de esperanza). Como un reflejo, sus movimientos comenzaron a volverse más parcos que en los días anteriores.

Menos de un mes más tarde, estaba cerca del límite. Supo que no duraría una semana más y, al cabo de veintitrés negativas, comenzaba a parecerle que buscar empleo, bajo sus condiciones, después de entrevistas en las que inevitablemente terminaba dando detalles de sus restricciones de movilidad, era tan ridículo que más le valía abstenerse. Jugó la carta más obvia, para ganar algo de tiempo:

Don Jacinto, buen día… Bien, aquí nomás, en lo de siempre… Ya sabe, dándole, qué remedio… Sí, de su parte. Oiga, estoy al corriente con mis pagos, ¿verdad?... Ah, qué bien. Es que tenía el pendiente. Mire, hablo para proponerle una cosa: ya ve cómo está la situación del empleo en estos días y, bueno, me está tocando sufrirle por ese lado. Quería preguntarle si es posible que me abra una pequeñita línea de crédito, nada más que unos días, hasta que vuelva a tener algo de dinero en mi cuenta regularmente, y no tenga duda de que todo, hasta el último peso… No, cómo cree, si ya me conoce… Sí, yo entiendo que esto está difícil para todos, pero, mire… Ah, no me haga esto, don Jacinto…

Colgó. Había recortado tanto la lista de personas (amigos, conocidos y una parte infinitesimal de su familia) a las que encontraba aceptable llamarles para rogar por un préstamo, que habría sido capaz de recorrerla entera, llamada por llamada, en menos de diez minutos. Y ese grado de aceptabilidad era más bien tendiente a cero, de forma que prefería inscribir esa opción en la categoría de los recursos desesperados que, le parecía, gracias a esa lucidez a cuentagotas que en ocasiones llega con la desgracia, podrían encontrar su sitio un poco más adelante, tanto como pudiera alejarlo. De momento, necesitaba trazar un perímetro más estrecho para sus actos, no en el espacio, sino en función de sus consecuencias. Podía reducir su existencia al mínimo, pensó, al punto de que nada a su alrededor se viera alterado por su presencia.

Sentado en el sillón, observó cómo el tiempo reptaba sobre las paredes. Una oscilación, como el aire caliente que se ve sobre la carretera en el horizonte, movía el contorno de los objetos, en una esquina, por encima de la alacena. Durante unos instantes, pareció posarse en la silla que tenía frente a él. Miró fijamente ese punto, bajo la luz eléctrica que irradiaba el final del crepúsculo en el aire acuoso. No sucedió nada durante más de una hora. Volvió la vista hacia otros puntos de la estancia y buscó persuadirse de que la oscilación era causada por el movimiento de sus ojos, que cuando se posaban en un

sitio concreto, seguían percibiendo el corrimiento del mundo, como por efecto de una persistencia retinal. Había leído que cuando se deja de dormir por varios días, el cerebro, que necesita tener un mínimo de actividad onírica, comienza a soñar en vigilia. Tal vez los ojos también comenzaban a necesitar la contemplación del movimiento, de un cuerpo desplazándose en relación con otro, algo que dentro del departamento no sucedía. Dijo una frase en voz alta, como un acto disociado de su voluntad, tal vez una cita literaria que había leído hacía unas horas en la forma de un tuit, aunque no había forma de saberlo. Unos segundos después de pronunciarla, se dijo que tenía sueño. Debía meterse en la cama, sólo de esa forma sería capaz de encontrarse en condiciones adecuadas para pedir trabajo.

Fue una noche durante la que creyó seguir entero el hilo que unió el último minuto que pasó despierto con el que lo vio amanecer. Sintió que no se había reparado ni un poco su cabeza, más cansada que antes de acostarse. Le tomó cerca de una hora ponerse en pie y salir a la estancia para descubrir, a través de la membrana traslúcida de la somnolencia, un rastro que al principio no comprendió. Eran huellas que había dejado alguien al caminar con las suelas sucias o húmedas. Algunas estaban frescas aún. La mayoría estaban secas y solamente quedaba el dibujo de varios tipos de calzado. No hacía falta demasiada atención para descubrir que no eran suyos los zapatos que habían pasado por ahí, aunque sí para seguir la trayectoria que habían recorrido. Había marcas de botas para campo, tenis en varias tallas, zapatos masculinos de uso formal. Un par

de zapatos de tacón había pisado cada esquina y su dueña o dueño parecía ser la persona que había dado más pasos en el departamento. Con frecuencia, se sobreponían varias huellas, al punto de volver indiscernible el rastro de cada par de calzado. Al parecer, todos habían pisado un área al pie de un muro en su habitación, como si hubieran entrado y salido por ahí, por más que el muro se mantuviera intacto al momento que revisaba la evidencia de la intrusión, si es que de eso se había tratado. Pensó esto último como una duda que las circunstancias le obligaban a plantearse. Por ejemplo, podía él mismo haber hecho las huellas durante un brote de sonambulismo, elaborando moldes en un material y recurriendo a métodos que quedarían por determinar, acaso como una respuesta nerviosa al aislamiento, como quien escucha voces en la cabeza. En ese momento, no supo cuál posibilidad le gustaba menos.

Pasó un buen rato limpiando las huellas. Sintió el impulso de consultar a alguien sobre lo que había pasado, pero le pareció absurdo esperar que existiera una respuesta lista para eso, una que no le dejara dudas. Se imaginó que llamaba a la línea de emergencias. En un extremo optimista, es decir, en caso de que decidieran creerle, la recomendación habría sido que asegurara puertas y ventanas. Puertas y ventanas que no existían, lo que también imposibilitaba que entrara alguien a constatar de primera mano la evidencia.

Al menos no debería haber limpiado las huellas, se dijo. De esa forma, habría podido aguardar hasta un momento en que se sintiera seguro de comprobar si en verdad estaban ahí

o si sólo las había imaginado unas horas antes. Aunque era ridículo, le pareció, después de pensarlo dos veces, suponer que en un momento cualquiera sería capaz de valorar con mayor certeza sus percepciones. Decidió sentarse (como si el hecho de encontrarse sentado le garantizara un resultado más fiable a sus reflexiones) y meditar con detenimiento para llegar al centro de la cebolla en el caso de ambas posibilidades: la de que se hubiera engañado y la de que las huellas hubieran estado efectivamente ahí.

Las primeras veces que fumó marihuana, unos veinte años atrás, llegó a tener momentos incómodos, pero en los que con todo, se sentía capaz de controlarse, de forma que con un esfuerzo lograba aparentar la sobriedad. Pero al poco tiempo, la sobriedad comenzaba a resultar un estado o, mejor dicho, un concepto asible sólo en su perímetro, sin ningún rasgo nítido que pudiera simularse. Es decir, era capaz de modular la voz casi de cualquier manera que lo deseara, moverse y mirar en la dirección y con el gesto que cada situación dispusiera como necesario, pero no tenía la menor idea de cómo utilizar ese amplio margen de maniobra. La pregunta acerca de cómo se comportaría en esta situación una persona que no hubiera fumado marihuana le parecía hecha de un número de variables que rebasaba su capacidad de reflexión simultánea, de forma que esa reflexión le obligaba a aplazar los actos hasta dejarle sumido en un estado cercano a la catatonia. No lo sabía, pero en aquel momento, pensando acerca de las huellas, su cuerpo recordaba aquella especie de invalidez. Además de su cuerpo,

dos o tres reflejos de su pensamiento, de la especie que no se articula con la memoria consciente.

Lo importante, se le ocurrió de pronto, era no dejar que las huellas, imaginarias o no, le distrajeran de sus obligaciones. Le tomó varios minutos recordar cuál de estas obligaciones debía atender en ese momento, porque siempre había alguna. Se levantó hacia el teléfono. Llamó a los sitios donde había solicitado empleo y a otros en los que lo hacía por primera vez, pero no daba con las palabras correctas o el tono de voz adecuado. Las respuestas negativas no alcanzaban a importarle lo suficiente, o era más bien que las palabras debían cruzar un espacio demasiado accidentado antes de llegar a significarle algo, como si quien le hablaba lo estuviera haciendo desde el otro lado de una estación de radio mal sintonizada.

Dio varias vueltas por la casa, como si esperara aclararse la mente a partir de un encuentro fortuito con un objeto, una porción del espacio en que vivía que le recordara algo de pronto, por sí misma. La correspondencia que se había amontonado junto a la puerta-trampa era una colección multicolor de publicidad y notas de cobro. No le quedaban muchos días de teléfono y wifi, antes de que los cortaran por falta de pago. No podía saber si lo que se escuchaba más allá de las paredes eran coches o el viento.

Durmió, otra vez sin darse cuenta. Despertó sentado con la espalda encorvada y los ojos abiertos (los había abierto antes de despertar, estaba seguro), como si más que dormir, hubiera desaparecido durante unas horas. Era de madrugada, la hora

en que los espacios iluminados con luz eléctrica son trémulos, el fantasma de sí mismos. No podía notar los sonidos que producía al moverse, ni los que nacían más allá de su casa, aunque sabía que estaban ahí. Solamente escuchó un timbre que, entonces lo supo, sonaba por segunda vez en menos de un minuto. Era lo que le había despertado: un timbre al que alguien llamaba, desde un rincón de su recámara, al otro lado de una puerta de cuya existencia se enteraba apenas ahora. Cuando abrió, el umbral estaba vacío, nada más que un largo pasillo ensombrecido que comenzaba al fondo de su habitación. Pensó que si la puerta que había abierto en realidad no existía, no estaba faltando a su deber de permanecer recluido mientras avanzara por ese corredor. Siguió el trazo de las paredes, con las yemas de los dedos apenas tocándolas, como si dudara de dar un paso en falso. Sus pisadas hacían eco.

A la vuelta del primer recodo había una pequeña tienda de autoservicio, su fachada iluminada en medio de paredes blancas y desiertas. Llegó al mostrador, detrás del que había un tendero casi anciano, calvo y con lentes, que atendía con una expresión vacía, de satisfacción callada, como si en realidad no esperara nada. Y de hecho no había clientes que justificaran su presencia, excepto él, pero no tenía dinero. Había mercancía en los estantes, envuelta en bolsas resplandecientes de colores vivos. De pronto le pareció que esas bolsas y su contenido eran algo que debía cuidarse en su hábitat, protegerse de manos sucias que desearan llevarlas lejos para rasgarlas.

Buenas noches, dijo, poco más que para probar si podía hablar con el viejo. Su lengua se había adormecido después de tanto tiempo sin uso y sintió que hablaba como anestesiado. ¿Qué precio tiene…? Entonces supo que no podía identificar uno solo de los productos que tenía a la vista. Los nombres parecían estar en otro alfabeto. Es igual, no tengo dinero.

No es mi problema, joven, respondió el tendero con una sonrisa que se le antojó hostil. Si no va a llevar nada, no se preocupe, ahí está la salida. Y apuntó con el índice.

Muy bien, respondió él, nada más permítame un momento para tenerlo claro.

Tomó una silla pequeña que había junto al mostrador y la colocó al pie de la pared. Cayó en la cuenta de que los motores de los refrigeradores soltaban un rumor que llenaba todo el ambiente, pero era necesario poner mucha atención para notarlos. Le tomó unos minutos planear su salida de la manera que le pareció más digna: estiró las piernas con lentitud resuelta. Pensaba despedirse con un monosílabo y seguir el trazo del pasillo en la misma dirección que le había llevado ahí, porque si se perdía el acceso que se había abierto desde su casa, tal vez ya no podría volver.

¿No se lleva nada?, preguntó el hombre del mostrador cuando ya se ponía en pie.

Bueno, en ese caso… dijo, antes de echar una mirada veloz a los estantes.

Abrió una bolsa metálica, jalando de ella con cuidado. Parecían una especie de caramelos, de consistencia elástica.

Cuando empezó a masticarlos le punzó la mandíbula de la misma forma que cada vez que dejaba de comer por un lapso prolongado. No sabían a nada que recordara en ese momento. Masticó el segundo con cuidado, hasta que el sabor le resultó una noción estable. Devoró el resto de un solo bocado. En ese momento supo que se moría de hambre. Eligió después otro paquete, rotulado de la misma forma indescifrable, que se despachó en menos de un minuto.

Antes de empezar con el tercero, un presentimiento le hizo volver la vista. Una mujer con vestido ajustado andaba por el pasillo en puntas, para evitar el sonido que sus tacones afilados hacían contra el piso lustrado. (¿Se escondía de él? Se sintió ridículo al pensarlo). Le hizo una seña al tendero, que él alcanzó a ver de reojo, y siguió su camino a lo largo del corredor. Alcanzó a ver que el tendero respondía con un asentimiento discreto, casi telepático.

Dejó la bolsa abierta sobre el estante y salió tras la mujer, cuando el eco de sus pasos comenzaba a borrarse detrás de otra vuelta en ángulo recto. Al llegar a la esquina, no quedaba rastro de su presencia. La siguiente sección del pasillo era una continuación exacta de la anterior: llena de sombras temblorosas bajo una blanca luz eléctrica que no tenía fuente visible. El único sonido era el de los tacones, aunque parecía casi un recuerdo. Era un vacío limpio, a no ser porque, a unos veinte metros, había una mujer y un hombre, jóvenes y en ropa deportiva, que flanqueaban un acceso rectangular en la pared. Eran altos y estaban en una perfecta forma física. Cuando

pasó junto a ellos, los saludó con una inclinación de cabeza, pensando en las palabras que usaría para plantear una pregunta que aún le resultaba difusa, pero llena de urgencia. Ellos se le adelantaron:

Hola, te invitamos a conocer nuestras instalaciones remodeladas, dijo ella, en tono de exclamación, con una sonrisa tiesa. Acabamos de abrir más horarios para las clases de natación y tenemos un nuevo servicio de masaje.

En medio de los dos, al centro preciso del umbral, se había colocado un atril con una libreta abierta en la primera página. Había columnas trazadas en el papel, con los encabezados "número", "nombre", "fecha", "hora de entrada" y "hora de salida". Fuera de eso, las hojas estaban en blanco.

¿Quieres registrarte?, preguntó el joven. La primera semana es gratis. Después, ya se verá.

Estiró el cuello para echar un vistazo al interior. Le sorprendió que no intentaran bloquearle la vista, sino al contrario, que se movieran para dejarle ver a sus anchas, y al punto le desconcertó sentirse sorprendido por eso: ¿Por qué habrían de ocultarle algo?, pensó. Había una amplia sala, seguramente sólo la primera de ellas, llena de lo que podría haber sucedido si alguien hubiera fabricado aparatos para ejercitarse a partir de piezas que no tenían nada que ver con ellos. Tenían la apariencia de no haber sido usados aún, como si acabaran de quitarles el plástico, aunque a todo esto, le era imposible imaginarles una forma apropiada de uso. Dentro, no había una sola persona.

¿Qué es este lugar?, les soltó de pronto.

Parecieron querer arrebatarse la palabra. Ella fue más rápida:

Es un concepto totalmente nuevo en acondicionamiento físico. Lo que aquí intentamos hacer es crear una experiencia que…

No, no, ya sé que se trata de un gimnasio. Quiero decir esto, todo este lugar. Hizo un gesto con la mano para abarcar el rumbo del pasillo entero, hasta llegar a su hipotético final.

Los dos jóvenes intercambiaron una mirada nerviosa, como diciendo: Eso no nos lo enseñaron en la capacitación.

Mira, dijo él, un poco más adelante, como a un kilómetro está Vudú, una tienda de ropa, creo que la que más me gusta. Lo que sigue del gimnasio, a la vuelta del siguiente recodo, es un restaurante donde sirven cortes y pasta… Dudó cómo continuar con la idea, hasta que pareció recordar algo: Justo acaba de pasar la encargada de supervisarnos, una señora con vestido negro, no sé si la viste. Creo que deberías formularle a ella todas tus dudas. De todos modos, te dejo este tríptico, por si quieres regresar. Nuestras instalaciones son de primera y te garantizamos que en un mes comenzarás a ver los primeros resultados…

Se había puesto en marcha antes de que aquel joven terminara la frase. Dio otra vuelta en ángulo recto, esta vez a la derecha. Después de una larga sección del pasillo, nada más que paredes blancas y la misma luz fría, estaba el restaurante del que le habían hablado. En el umbral (no había rótulos ni

toldos, ni nada parecido, como pasaba con el minisúper y el gimnasio), estaba un hombre moreno, con un peinado perfecto y un atuendo impecable formado por chaleco y pantalón negros, zapatos lustrosos y camisa blanca. Sostenía la carta del restaurante en la mano, pero no se la alargó, ni dio señal alguna de que hubiera notado su presencia, a pesar de que forzosamente debía saber que estaba frente a él, a menos de estar ciego y sordo, lo que pronto habría de demostrarse falso. Cuando empezaba a alejarse, el hombre le dirigió la palabra con un aplomo ensayado y una voz lenta y afelpada:

¿Gusta conocer nuestra carta? El especial de hoy son mollejas al carbón.

Gracias, estoy buscando a la supervisora, respondió, aunque no era difícil saber que ella había seguido el curso del corredor, que no se bifurcaba. El empleado hizo una seña con el índice y le sonrió con una expresión que parecía cargada de reproche, como si eso pudiera obligarle a rectificar la decisión de seguir su camino, algo que casi de hecho sucedió, aun cuando se debiera más a los olores de la cocina que llegaron hasta él.

Siguió adentrándose en el pasillo, que doblaba en ángulo recto a tramos regulares, para dar paso a una nueva sección con un establecimiento distinto en cada una, a veces a la izquierda, a veces a la derecha, sin un orden discernible en los cambios de dirección, al grado de que pronto perdió el sentido de su ubicación relativa y no estaba seguro siquiera de haber seguido hacia delante o si en algún punto había comenzado a desandar el recorrido que le había llevado ahí. En la última

parte de su búsqueda pudo oír el sonido de los tacones contra el piso de mármol pulido, cada vez con mayor nitidez, hasta que vio la silueta de espaldas, mientras le saludaba con deferencia la recepcionista de una casa de apuestas.

Disculpe, dijo él. Ella no se volvió. Buenas noches. Tocó, más bien rozó, su espalda con la punta de los dedos.

Ella fingió un ligero sobresalto. Tenía el cabello negro y lacio, en una melena corta, los labios pintados de rojo y aparentaba una edad suspendida entre la juventud y la madurez. Tenía una postura, un atuendo y un aliño perfectos, y un aplomo que hacía pensar que se le podía poner al frente de cualquier oficina sin temer por su futuro. Llevaba una *tablet* en la mano derecha y un apuntador digital en la izquierda.

Buenas noches. Dígame, le soltó con impaciencia, pero sin perder la fachada de cortesía.

Le planteó su pregunta lo mejor que pudo. Estaba listo para una respuesta genérica y aun así se sintió decepcionado cuando llegó:

… lo que buscamos es erigirnos en una parte integral de su vida, tomando en cuenta cada aspecto de su personalidad, con el fin de ofrecerle una experiencia de cliente integral, que no descuide ni una parte de lo que usted considera importante…

En este punto, sintió que la jerga de la supervisora podía dar paso a la información que esperaba, pero vio alejarse esta posibilidad cuando llegó la frase: En suma, se trata de un nuevo conce…

Concepto, me doy cuenta.

Se arrepintió de su brusquedad. Ella modificó su expresión para adoptar la de quien encara la pretensión de astucia, con una ceja levantada. Por primera vez pareció emerger algo de sinceridad desde dentro de su piel. Colocó la *tablet* al frente, como si fuera a escribir algo en ella, pero sólo la golpeó con la punta del apuntador para marcar sus palabras:

Lo que debería importarle es que aquí está todo lo que puede necesitar o desear. Puede burlarse todo lo que quiera, pero le conocemos mejor de lo que usted mismo se conoce. En poco tiempo nos entregará hasta su último gramo de autonomía, porque aquí tiene acceso a lo que quiera, sin necesidad de salir.

"Sin necesidad de salir", se dijo. Había soltado esa perorata para llegar justo a esa frase, lo supo. Sintió el brillo ominoso de las palabras. Era una trampa, se le ocurrió de inmediato, pero no una trampa del orden físico, sino del orden lógico: ella dijo que no necesitaría nada que se encontrara fuera de todo esto, ¿pero no era este sitio, o infinidad de sitios, un "afuera" de por sí? ¿Cómo podía ser una sucesión interminable de espacios, sin relación directa entre sí, y mantener a la vez una condición de "adentro"?

… hay también amplios jardines, en los que puede disfrutar del sol, una variedad sintética de sol, es decir… (ella había continuado su infomercial mientras él divagaba) … con la ventaja de que tampoco le implicará la necesidad de encontrarse en exteriores, ya que están rodeados por muros y cubiertos por un domo de acrílico enteramente transparente.

Estirar de esa forma las nociones de interior y exterior, pensó él, le resultaba en cierto modo insultante: frente a la seriedad del confinamiento que llevaba algunos meses cumpliendo a cabalidad, la forma en que ella distorsionaba las reglas le pareció una forma autocomplaciente de abandonarse a los placeres de cualquier vida ordinaria. Pero en todo caso, si ese lugar y lo que le sucedía en él, a la manera de cualquier realidad fabricada, o lo que fuera que estuviera pasando, terminaría por disolverse, le pareció inocuo realizar la mayor de las transgresiones que se le ocurrían en ese instante.

¿Dice que se encuentra a mi disposición cualquier clase de servicio?, le interrumpió (sin que ella se molestara; al contrario, empezaba a cansarse de no recibir como respuesta ni un gesto). Necesitaría hacer una llamada.

Como le decía, cada establecimiento cuenta con su propio teléfono, que se le facilitaría con sólo solicitarlo. Pero como gesto de bienvenida, puede usar el mío. Le alargó un aparato, de una marca irreconocible, que sacó de un bolsillo lateral de su vestido.

Gracias, se lo devuelvo en seguida.

No se preocupe, tómese su tiempo. Estamos para servirle, le dijo, a la vez con sinceridad y con un filo sarcástico que usó a manera de recriminación.

Acercó el índice a la pantalla. Marcó a toda velocidad, por temor a arrepentirse. Sólo para creerse a salvo, para atenuar la impresión de que estaba cometiendo un error estúpido o que implicaba una estupidez mayor que una buena parte

de los otros errores que había cometido desde que decidió la remodelación de su casa. Cerró los ojos y recordó el lugar en el que yacía. Sintió sus pies fríos contra el piso de la sala, las rodillas entumidas, la espalda que llevaba demasiado tiempo encorvada, el cuello echado hacia atrás y reclamando a gritos un cambio de postura. El cuerpo, recostado sobre el sillón, que había abandonado. Ya sonaba el primer tono. Allá, tenía hambre, frío y sed. Pensó en todo lo que le hacía falta a ese cuerpo y sintió una especie de nostalgia. ¿Cuánto tiempo podría quedarse por donde ahora deambulaba antes de que algo grave fallara en su organismo, tendido en aquella diminuta salita? ¿Cuánto antes de que en aquel corredor o en cualquiera de los establecimientos a los que este le llevaba comenzará él a volverse traslúcido, a deslavarse en sus contornos? Segundo tono. Supo que cuando ella respondiera él se quedaría en silencio, indeciso de cómo empezar y le colgaría. También supo que después de la llamada entraría al primer sitio en el que pudieran despacharle una comida completa y un trago doble. Después, seguiría recorriendo los establecimientos, anestesiado de placer, sin necesidad de recordar la tentación de hablarle o de recordar cualquier otro malestar, mientras siguiera entrando a locales nuevos. Escuchó la voz a través de la bocina y colgó. Supo que todo estaba donde debía quedarse.

Tome, no tuve suerte, dijo a la supervisora, entregándole el teléfono.

No se preocupe, más adelante podrá volver a intentarlo, respondió ella. Por lo pronto, le sugiero este lugar para comer

(le entregó una tarjeta) y después, creo que le vendría bien consultar nuestra *app* de citas. Tiene cara de necesitarla. Le recomiendo un bar que se encuentra más adelante para encontrarse ahí con su invitada…

Siguió hablando cuando ya daban vuelta en el siguiente recodo. Sus pasos dejaron de escucharse.

EL VACÍO BAJO MI CAMA

Estábamos a salvo. Un alto muro cercaba el patio trasero y era casi todo lo que podía verse desde la ventana, en la habitación que compartía con mi hermano. La habitación en la que vivíamos, quiero decir. Un lugar cálido, con piso de duela, bien amurallado. No había incursiones que temer, salvo las filtraciones de nuestros miedos infantiles hacia el aire exterior. Una parte de mí quisiera tachar a todas de imaginarias, como lo eran aquellas que borraban nuestro sueño durante las noches que nos quedábamos solos en casa, después de ver alguna película de terror. Cualquier sombra o ruido acentuaba entonces sus contornos y se hacía vívido, dejando tras de sí un temblor en el aire. A veces teníamos un atisbo fugaz de la fuente de esas alteraciones: podíamos escucharla arañar las paredes sobre nuestra cabeza o se dejaba ver un instante, retozando en el piso, antes de borrarse con el siguiente parpadeo.

En otros casos no estoy seguro de que hayan sido ilusorias. Mi padre cuenta que algunas noches, poco después de que nos quedábamos dormidos, escuchaba desde su cuarto sonidos provenientes del nuestro. Podía ser el armario que se abría, un objeto pequeño que se arrastraba, un juguete al que se le daba cuerda. Cada vez que abría nuestra puerta para saciar su curiosidad o conjurar lo que intuía, la imagen era la misma: mi

hermano y yo, profundamente dormidos, o recién despiertos por la irrupción. Pero nada más. Mi padre regresaba a su cuarto tratando de resignarse a la falta de explicaciones, en medio del silencio que escurría denso en el aire nocturno. Los relatos que, varios años más tarde, nos contó sobre lo que pasaba esas noches deben contrastarse con los rasgos que más le distinguen desde siempre: un razonamiento claro y un pragmatismo que llegaba a confundirse con terquedad. La fisura que estos episodios (diría "sobrenaturales", pero tal vez no era para tanto) abrieron en su esquema sigue ahí.

Pero nada que pudiera alterar el mundo de nuestra habitación cruzó la barrera de lo tangible, hasta el día del relámpago. Debía haber tenido unos siete años. Fue una madrugada en la que cayó una tormenta que mis padres no recuerdan como especialmente violenta, pero de la que nació un rayo certero, que pegó en la azotea de nuestro edificio. Tal vez la memoria que guardo de su resplandor sea ficticia o se haya fundido con las impresiones que deja el abandono abrupto del sueño. Pero el sonido fue algo que aún recuerdo con nitidez, limpio y lacerante. Las ventanas del cuarto reventaron hacia el exterior. Creímos sentir que se estremecían todas las varillas metálicas que apuntalaban los muros. Esa noche seguimos durmiendo, hasta donde es posible llamar sueño a lo que tuvimos las siguientes horas, en la sala.

Al otro día se compraron los vidrios nuevos y al final de la semana ya estaban colocados. Todo lo que debía haber quedado del rayo era la lejana desconfianza en la solidez de nuestra

casa, una sensación apagada, como un eco, sin consecuencias. Y así fue, de hecho, durante tres días, poco más o menos, hasta una noche en que me pareció escuchar un sonido semejante al de un animal enorme cavando su madriguera bajo el piso de la habitación. Fue un corrimiento de tierras lento y recurrente, como un rumor que duró casi hasta el amanecer. No le puse mucha atención, me repetí que uno debe acostumbrarse a que el mundo está lleno de ruidos y varios de ellos no respetan el descanso. No es como para ir a tocar la puerta de los padres cada vez que se escucha un murmullo o un zumbido.

Esos días pasaba por una de las primeras rachas del insomnio que me acompaña hasta hoy, una molestia que se duplicaba gracias a los ronquidos de mi hermano, comparables en ritmo y potencia al de un camión de volteo durante una remoción de escombros. Fue por mi vigilia forzada que pude seguir cada segundo de ese otro sonido que crecía bajo mi cama. Me levanté a la hora en que la claridad del cielo comienza a hacer visibles los detalles, fantasmas que preceden el surgimiento de los objetos reales, como si les prepararan el sitio que ocuparán durante el resto del día. Me arrastré bajo la base de la cama y pegué la oreja al piso. Era un sonido hecho de muchas frecuencias. Algunas de ellas, las más difusas, parecían provenir de una gran distancia, por la forma de sus ecos. Otras parecían rascar justo bajo las tablas de la duela.

Tomé un baño, algo que hacía cada vez que era el primero en levantarme, para usar toda el agua caliente que deseara, antes de que el boiler empezara a fatigarse. Cuando salí, me

puse a hojear una revista en la sala, para dejar que pasara el tiempo. El despertador de mis padres sonó tres veces, en intervalos de cinco minutos. Hicieron las sábanas a un lado con prisa, cayendo en la cuenta de su retraso, igual que todas las mañanas. Reducían los márgenes de tiempo al máximo para acentuar la urgencia, un combustible con el que, apenas hoy lo comprendo, creían dar la pauta del ritmo con que debían funcionar el resto del día. Mi padre salió de su habitación hacia el baño. Corté su carrera de tajo diciéndole:

—Hay un hueco bajo el suelo de mi cuarto.

—¿Cómo? ¿Un agujero en el piso? ¿Se pudrió la duela?

Hay muchos padres que habrían ignorado ese anuncio. Cuando mucho, se habrían demorado justo los segundos suficientes para dar la impresión de que no abandonan un reclamo infantil, y esperarían a que se disipara la duda o la inquietud, seguros de que no se trata más que de una apreciación estúpida de las que se tienen todo el tiempo durante la niñez. Pero aun desde entonces lo conocía bien. Él era del tipo de los que no resisten la incomodidad ante un desperfecto en su casa y menos ante algo que implique una falla inédita, algo que revelaría un hallazgo digno de aparecer en una revista de reparaciones caseras. No había terminado de explicarle el problema cuando supe que ya había decidido no bañarse ese día, con tal de saciar, al menos, la curiosidad. Dio un golpecito en el suelo, la oreja pegada al piso, con la expresión de un cardiólogo.

Ese día, al llegar a la escuela, apenas esperé a cruzar la entrada para empezar a compartir la historia del hueco. Nadie

se esforzó por trazar una hipótesis razonable, mucho menos los profesores (era una primaria manejada por una orden religiosa, algo que hace ociosa cualquier otra explicación). Nunca entendí la coartada de mis padres para inscribirme ahí. Según ellos, fue la única dispuesta a admitirme, pero sospecho que era su manera de imponerme una disciplina que ellos sentían necesaria. Como sea, las ideas que ahí circulaban eran casi el perfecto reverso de las de mis padres. El hecho es que todo lo que escuchaba en mi casa acerca de la historia de la iglesia y su versión sanguinaria y ridícula de lo divino me había vuelto, en automático, un extranjero en ese sitio. No podía creer (nadie me había ayudado a hacerlo) en un dios barbón que conocía cada matiz de nuestro pensamiento y que utilizaba ese conocimiento como evidencia para castigarnos. La descripción del hueco que empezaba a crecer bajo mi cama se convirtió, primero en manos de los alumnos y luego de los profesores, en el pretexto perfecto para un desfile de anuncios acerca del tormento eterno que aguardaba a los infieles. Un ejemplo puesto en bandeja de plata, como carne fresca ante los lobos.

Las condenas para las que sirvió de pretexto mi historia no hicieron mucho para amedrentarme. Por otra parte, nadie creyó en la existencia del hueco (como muchas de las ridiculeces en las que se sostenía su fe, no servía para ser creída, sino para apuntalar el orden), afortunadamente, porque nada habría sido peor que recibir a los visitantes con su curiosidad mezquina. Algunas horas más tarde me había olvidado del asunto y la maestra me ordenó salir del salón, por gritar en

medio del dictado o algún otro motivo que no recuerdo, pero que no tenía que ver con el hueco. Con todo lo amenazador que podía sentirse el castigo, una vez afuera, sentado en el piso del pasillo, sentía que por fin descansaba de aquella voz chillona. Después del primer minuto, pude entregarme a cualquiera que haya sido el tema de los ensueños que tenía a esa edad, que sólo se interrumpieron cuando el prefecto de la primaria se detuvo junto a mí y me dijo:

—Otra vez afuera… qué bonito.

—Sí, ¿verdad? —le contesté, incapaz de otra cosa más que coincidir por primera vez con ese anciano reseco.

Además de los asuntos de la fe, algo que ignoraba por entonces era el sarcasmo.

Por la tarde, encontré el piso del cuarto desarmado, como si alguien hubiera dejado las piezas centrales de un rompecabezas para el final. Pero en vez de la base sobre la que se apoyaba el resto de las piezas, lo que quedaba al descubierto era un agujero sin fondo visible. Las paredes eran de arena corrediza, que resbalaba de a poco cada que alguien caminaba en la habitación. Mi hermano ya estaba arrodillado a un metro del borde, tan cerca como mi padre se lo permitía, mientras él clavaba la parte trasera del martillo en el espacio que se abría entre dos tablas.

—¿Ya estaba así ese agujero o tú lo abriste? —le pregunté.

—Ya estaba así, sólo quité las tablas del piso.

—¿Está hondo?

—De eso no tengo idea —dijo, poco antes de arrancar la tabla.

Era la primera vez que escuchaba a mi padre decir que ignoraba algo de una forma tan rotunda, como si al decirlo asumiera que nunca lo iba a saber. Me arrodillé también cerca del hueco, tan cerca como me lo permitió, y vi que las paredes de arena se perdían en un negro que parecía trabajado en laboratorio para superar en pureza a cualquier otro negro con el que se le pudiera comparar.

Mi hermano y yo volvimos a dormir en la sala esa noche y la siguiente. Por la madrugada, escuché de nuevo el corrimiento de tierra bajo el sillón que mi madre nos había habilitado como cama. A la siguiente noche, se había abierto otro perfecto hueco bajo ese sillón, que mi padre dejó al descubierto con unos cuantos golpes de martillo.

Un arquitecto, amigo de la familia, les recomendó que vendieran el lugar mientras podían, con la sola precaución de preparar el piso para que cualquier irregularidad quedara oculta.

Rentamos otro departamento que fue nuestro hogar durante las semanas que tardaron en afinarse los últimos detalles de una casa que mis padres habían estado construyendo durante varios años, a las afueras de la ciudad, y que ahora buscaban terminar cuanto antes. La prisa los llevó a contratar varios trabajadores extra y a cambiar la razón del pago para cubrirse por concepto y no por jornada. Todo, a cuenta de una deuda de la que, cuando menos de momento y por estabilidad síquica, preferían no calcular el total.

Poco antes de que pudiéramos mudarnos a esa casa que aún era manca de puertas de recámaras y clósets, entre las

paredes del departamento rentado que aún habitábamos, ya había anunciado su presencia otro hueco que abría su boca justo bajo la base de mi cama. Mi padre supo que no debía esforzarse tanto en su compostura, que más bien debía ocuparse de la mudanza inminente, aunque su vocación por el dominio de las herramientas caseras le aguijoneara para intervenir. Daba igual, el problema no era tanto esa tentación, sino el presentimiento de que ese fenómeno, accidente geológico, o lo que fuera, estaba decidido a seguirnos. No recuerdo mucho de esos días, más allá del aire fúnebre en que transcurrieron. La convicción de que un cambio de código postal no sería suficiente para olvidarnos del asunto era visible bajo las arrugas que empezaban a dibujarse en los rostros, aún jóvenes, de mis padres.

Empezó en la segunda semana, casi cuando recién asumíamos como propios el jardín, los colores nuevos de los muros, los techos altos. Habíamos despertado unas diez o doce veces en un entorno silencioso o algo que nos lo parecía, después de pasar años en un condominio con paredes que parecían amplificar los sonidos de cada casa, en vez de amortiguarlos. Esta vez el piso bajo mi cama era de mosaico, mi padre tuvo que esforzarse más para desprenderlo. Después de unas horas, ya alcanzábamos a ver el contorno de un agujero casi perfectamente redondo, con un fondo que rebasaba el alcance de nuestra vista. Al parecer, las cuatro patas de mi cama se apoyaban todavía sobre piso firme, pero nadie habría podido jurar por cuánto tiempo más. Mi hermano y yo teníamos cuartos separados, esta vez él no tuvo que dejar su cama.

El perímetro se ensanchó poco a poco durante los siguientes días, pero nunca llegó hasta los puntos de apoyo de mi cama. Seguí durmiendo en ella, incluso cuando un rumor sordo empezó a subir por las paredes. Algo parecía anunciarse desde el fondo, donde sea que estuviera. El agua fue visible dos días más tarde. Se movía lenta, espesa y pestilente, como la de una alcantarilla. Unas horas después de que comenzamos a ver los lejanos reflejos en la superficie, ya estaba casi al alcance de un brazo adulto. Era negra, llena de los juegos luminosos que traza el aceite en los líquidos a los que iguala en densidad. Mis padres la contemplaban, hipnotizados. La humedad había trepado por las paredes terregosas del agujero y su consistencia podía palparse pasando el índice sobre ella y frotándolo contra el pulgar. Los dos voltearon a verme, un solo instante, y regresaron a su examen. No dijeron una palabra.

La noche siguiente dormí de nuevo en la sala, una sala distinta a la última en la que había dormido, lejos de nuestro hogar anterior, pero el resultado fue el mismo. Incluso cuando llevaron las sábanas al sillón supe que lo hacían resignados a que era inútil, sólo para cumplir un paso necesario del método, como coartada para sostener una certeza que no se atrevían a confesarse mutuamente. Esa noche se comenzó a escuchar un deslizamiento de la tierra bajo mi cama provisional. Al otro día se resignaron a devolverme a mi habitación, esta vez de forma definitiva.

Ahora me asombra, pero había momentos en los que lograba pensar en otra cosa. Supongo que es normal. Así como

no se puede tensar un músculo durante demasiado tiempo, nadie es capaz de confinar su mente a una sola esquina sin que esta escape y se ponga a deambular en cuanto se relaja la vigilancia sobre ella. Antes de la mudanza, habíamos empacado todos mis juguetes y, ya en la casa nueva, al sacarlos de sus cajas, volví a hacer un inventario. Durante el sueño, me llegó una visión clara de uno de los faltantes, el que más me importaba, y que seguramente me había despertado esa comezón por recordar: un Volkswagen azul de cuerda, que había pisoteado hasta estropearlo durante un acceso de rabia estúpida (si es que hay rabia de una especie distinta), porque no soportaba que me hubiera tocado en suerte cuando mis padres nos lo obsequiaron junto con la figura de un superhéroe. Mi hermano y yo los jugamos en un volado y él se quedó con el superhéroe, que le daría mayor prestigio social entre sus compañeros. El arrepentimiento por destrozar el cochecito me había perseguido hasta que logré dejarlo enterrado bajo varias capas de olvido. Ahora que había vuelto, más vivo que antes, el recuerdo me lastimaba, como si esos pisotones con los que lo destruí hubieran sido una forma indirecta de dañar a mis padres.

Al recordarlo desde ahora, pienso que tal vez el pozo me leyó la mente. La siguiente vez que levanté el edredón, ya no para ver cuánto había cambiado el hueco, que lo había hecho poco durante varios días, sino para volver a fascinarme con el solo hecho de que estuviera ahí, habían emergido a la superficie varios objetos: un vaso de unicel, rebabas de madera, un boleto de estacionamiento. O eso parecían ser. Carcomidos,

cubiertos de algas y suciedad, eran apenas identificables. Lo que no dudé fue que el pequeño toldo azul de juguete que se asomaba en una orilla era el del coche que había molido a pisotones, ahora intacto.

Me estiré hasta que estuvo al alcance de mi mano y le di varias vueltas hasta estar seguro de que se trataba del mismo. No me fue difícil creer que se había reintegrado después de arrojarlo a la basura, ni que el plástico hubiera cicatrizado sus heridas hasta borrar el rastro de sus fracturas (sin mencionar el camino que debió recorrer para desembocar en el agua que le arrastró hasta dejarlo bajo mi cama). Lo acepté como algo que había sucedido porque lo merecía, porque necesitaba la reconciliación con él y con lo que representaba. Puesta de esa forma, esa convicción sonaba a un rasgo molesto de narcicismo infantil y poco más, pero la reacción de mis padres fue menos fácil de sobrellevar. Cuando corrí a mostrarles el coche, el mismo que mi madre me había ordenado barrer en pedazos meses antes, su respuesta fue apresurarse a decir que se trataba de otro ejemplar del mismo modelo. Todo se resolvió en un rechazo de lo que les mostraban sus sentidos y una buena dosis de nerviosismo.

Por la noche mi padre sacaba, con ayuda de una red, cosas que se movían bajo la superficie del pozo, hasta entonces ocultas en la suciedad del agua. Casi todo era basura: envolturas de dulces, una tapa de bolígrafo masticada, un calcetín, el paquete en que venía envuelta una goma para borrar. A pesar de su aspecto aleatorio, sospechaba que los objetos tenían

algo en común: me parecían familiares porque (empezaba a convencerme) todos habían pasado por mis manos en algún momento.

La red, al volverla de revés mi padre, dejó sobre el piso tres hojas sueltas, que habían sido arrancadas de una libreta. Me bastó ver unos garabatos trazados en ellas para identificarlas y sentir un escalofrío. Tal vez si no hubiera tratado de arrebatarlas para ocultarlas, nadie les habría puesto atención. Ese error puso a mi padre sobre aviso y se sobrepuso al asco que le daba la fetidez del agua para tomarlas y empezar a leer lo que había en ellas. A manera de lista, era un plan de lo que había pensado hacer, después de haber tomado unos billetes de su cartera, la de mi padre, unos meses atrás. En aquel momento, cuando me había confrontado con el robo, lo negué (previsiblemente). Lo extraño era que mi mentira le había resultado creíble y lo había dejado pasar como un error de cálculo suyo, un gasto mal registrado o algo parecido. No podía haber sido uno de sus hijos, no nos había criado así, se persuadió. Cuando salí de la casa con el dinero en el pantalón, aquel día, compré unos cuantos fuegos artificiales y otras cosas que no recuerdo. Amenacé a mi hermano para que me defendiera al momento del interrogatorio. Todo estaba ahí, en la serie de notas inútiles, de la que me había olvidado cuando la había roto hasta volverla confeti, antes de arrojarla a la taza del baño. (Lo había escrito para al menos sentir que lo había confesado a un papel, al menos, supongo). Mi padre no se enfurecía con frecuencia, pero cuando eso pasaba, no había algo que me

helara más la sangre. De alguna manera, el exilio emocional que me habían aplazado desde el nacimiento del pozo empezó ese día.

No podía hablar con nadie de todo esto. Nadie que viviera fuera de nuestra casa, al menos. Se decidió que ese hueco bajo mi cama fuera un secreto envasado al vacío. No se nos explicó así, a mí y a mi hermano, pero mis padres asumieron que cualquier filtración eventualmente crecería hasta convertirse en una visita de vecinos, cámaras de televisión, servidores públicos y demás. No teníamos necesidad de eso o la necesidad que nos hubiera supuesto la deuda contraída por la construcción de la casa no se acercaba siquiera a lo que estaban dispuestos a pasar con tal de saldarla por la vía de gratificaciones de televisoras, apoyos monetarios como chantajes gubernamentales y acaso cosas peores. Sentía que el olor a podrido que llenaba mi cuarto me acompañaba todo el día, aunque nadie lo mencionara. Lo más probable era que, a esa edad, mis compañeros de salón no se habrían ahorrado comentarios sobre el asunto, así que, por decirlo de una forma, debí haber estado limpio. El problema, para mí, era quedarme con esa historia, rumiarla sin cesar, sin la atención que me habría llegado, inagotable, a cambio de compartirla. Esa lección forzada, la del hermetismo, la aprendí a la letra y se ha quedado conmigo hasta hoy.

Mi madre, tal vez por distraerse, fue a mi cuarto a pescar objetos a la deriva en el pozo unos días más tarde (aún no lograba la ecuanimidad necesaria para hacerlo sin molestarse al verme). Tuvimos una conversación distraída mientras la miraba,

sentado en la esquina. Como las veces anteriores, casi todo era basura de una procedencia apenas identificable, poco más que una masa de algas y suciedad. Pero una de las descargas fue más nítida que las anteriores: cortó nuestro diálogo y robó la vista de mi madre como un destello. Dejé de existir para ella, provisionalmente. En unas fotografías, de colores vivos como si se hubieran revelado unas horas antes, aparecía mi padre, más joven, de la mano de una mujer. Mi madre se puso de pie y las llevó al cuarto donde él leía durante uno de sus breves descansos. Escuché gritos que iban y venían (sobre todo la voz de ella), aunque no podía distinguir las palabras. Mi padre no salió a cenar.

Esa noche la angustia empezó a vencerme. Traté de dormir, y durante casi todo el tiempo fingí que lo hacía. Me sentía cansado del olor y, sobre todo, de la incertidumbre, inseparable de él, en que ese pozo nos había dejado. Empecé a sentir un sopor, hasta que el disfraz de sueño logró engañarme y al fin logré dormir. La siguiente vez que abrí los ojos, casi al amanecer, mi madre estaba sentada a los pies de la cama. No supe en qué momento había llegado. Me miraba con tranquilidad.

—¿Cómo has estado? —me preguntó.

—Bien —respondí.

Agradecí a medias la pregunta, porque nos servía a los dos para medir la situación.

—¿Te gusta la nueva casa?

Ahí empezaba lo difícil. Todo lo malo que hubiera en nuestro nuevo hogar era algo de lo que me sentía culpable,

inevitablemente. Mantenía el borde de las cobijas estrechadas contra mi barbilla. Ella me miraba como si tratara de hacer a un lado todos los velos que había entre ella y yo. Una mirada que también esquivaba las palabras, porque eran parte del engaño. Sonreía, pero sus labios estaban a kilómetros de distancia de sus ojos.

Empecé a contarle, como anzuelo, algo que me había sucedido en la escuela, dos días antes, con un tono en el que yo mismo no creía. Ninguno de los dos pudo seguir el curso de mi relato. No funcionaba siquiera como pretexto para encontrar algo sólido en el trazo de los muros que nos rodeaban, como un intento de volver habitable ese espacio durante el mayor tiempo posible.

El problema más frecuente a la hora de relatar los recuerdos, como también sucede con los sueños, es que se deja de lado el peso específico de los acontecimientos, eso que logra hacer de un pez volador algo importante por la manera en que se siente, no por su mera descripción, ni por su encadenamiento en una historia sin coherencia (el sueño es el entorno donde queda claro que la causalidad, más que ilusoria, es irrelevante y esto se aplica por igual a los recuerdos, o a la forma en que se nos aparecen). La relación de los sucesos es sólo una parte, la menor, y arrojar un recuerdo o un sueño a la luz del día, en una conversación, como si se tratara de un kilo de carne o un documento legal, es lo mismo que conocer a una persona a través de su recibo de luz. Como hablar de una persona fingiendo que se está ante ella, cuando lo que está ahí es su

cadáver. Me doy cuenta en este momento de que contado todo como lo hice parece que no hay otra cosa que un agujero en el suelo que se abría en cualquier lugar donde durmiera. Podría incluso elaborar acerca de la noción de hueco y decir que es algo definido por la ausencia, la nada que rodea lo que hacemos. Que el hueco acaso no estaba cercado por lo tangible, que no había aparecido como un accidente "en medio" de lo que habíamos decidido que fuera nuestra vida, sino que tal vez fuera a la inversa: nuestra vida se había construido tomando su perímetro como referencia. Pero ya no tiene importancia, todo eso está lejos.

La primera casa que renté cuando me fui a vivir solo fue un departamento que elegí, tramposamente, por encontrarse en un tercer piso. Los vecinos de la planta baja empezaron a alertar al resto de los inquilinos en el edificio: habían escuchado un corrimiento de tierra y el mosaico del piso se empezaba a cuartear. Tal vez había una falla geológica o un trabajo de drenaje mal hecho que nos ponía a todos en peligro. Esto fue tres o cuatro días después de mi llegada. Apenas había empezado a llevar unas maletas, así que pude salirme antes de que el pozo empeorara. Tuve el cinismo de reclamarle a la casera las pésimas condiciones de seguridad de su propiedad, para que me devolviera el depósito de la renta, a cambio de no denunciarla ante el gobierno local. Por supuesto, me lo entregó sin dudarlo.

Hubo otro departamento, antes del que ocupo hoy, del que salí al cabo de unos meses, ese sí en la planta baja. Había

quejas de los vecinos por el olor, aunque no dirigidas a mí. Todos lo atribuían a una cloaca en mal funcionamiento, que era imposible de ubicar, pero debía encontrarse a poca distancia de nuestro domicilio. Sin embargo, llegó un punto en el que me fue imposible postergar una revisión para descartar daños en el drenaje del edificio. Un día antes de que me tocara abrir la puerta y que el plomero entrara en compañía de los dueños, salí en secreto con todas mis cosas. Deben haberme buscado para meter una demanda millonaria por un daño sobre el que no habrían llegado muy lejos a la hora de especular en torno a las causas o a lo que me podría haber motivado a provocarlo, si es que había sido yo. Pero me había cubierto la espalda desde que llegué ahí, con un adelanto de medio año de renta, a cambio del cual me permitieron no entregarles documentos personales. Me conocían con un nombre falso. No podían dar conmigo.

En el lugar donde vivo ahora, otra planta baja, instalé un extractor de aire que, hasta ahora, ha sido la solución perfecta. Tengo también la ventaja de una buena relación con el dueño, que no creo llegue a interesarse por descubrir lo que escondo bajo mi cama. Prefiero no pensar, por ahora, en lo que sucederá cuando tenga que mudarme.

Nunca he dejado de usar bases firmes para mi colchón. Prefiero las que parecen un cajón boca abajo, en vez de las cuatro patas que tenía la cama que usaba en la niñez. Así, el perímetro del agujero queda lejos de la vista y la emisión de vapores viscosos se contiene un poco. Vivo solo y jamás duermo

más de dos noches seguidas en un lugar fuera de casa, por precaución.

Es curioso cómo, gracias a gestos sencillos, hábitos en los que apenas se reflexiona, se vuelve posible llevar una vida normal, si se entiende por esto tener un trabajo y mantener un grado de afabilidad social que haga posible la subsistencia, a la vez que permita un estado de distanciamiento generalizado en el que nunca se reciban visitas ni se establezca una relación lo suficientemente estrecha como para llegar a las preguntas incómodas, a las sospechas acerca de los secretos que esconde una vida. Es decir, hasta llegar a algo inusual como, tal vez, un pozo fétido sin fondo.

Sé que nunca voy a caer ahí, en el hueco quiero decir, a menos que sea víctima de un episodio de sonambulismo. Cuando quiero distraerme (aunque no sucede muy seguido), me asomo bajo la cama y con ayuda de una linterna miro el agua, que llega a tener variaciones mínimas de color. A veces, si me siento con la fuerza de ánimo suficiente, tomo la red y examino los objetos que las lentas corrientes acercan a la superficie. Algunos son dolorosos (siguen siéndolo; algo en lo que no se piensa a menudo es que el tiempo puede apaciguar las heridas, pero no cuando el pasado se reintegra y se arroja a nuestra vista con tanta claridad, en todo su detalle material), pero otra de las habilidades que he adquirido es la de permitir que cada vez menos hechos dejen tras de sí un recuerdo físico desagradable. Al menos, de forma voluntaria. Hay hallazgos menos tristes, objetos que, aun con el mal olor, me regalan buenos momentos en este segundo encuentro.

El insomnio regresa por oleadas. Llega a dejarme en paz durante meses y de pronto una noche se asoma, sin que sepa quién o qué le abrió la puerta. Algunas madrugadas despierto en medio de algo que no sé cómo llamar, un delirio o alucinación, que se ha vuelto recurrente: los hilos que me tejen tienen sus extremos sueltos. Busco seguir uno de ellos, como si quisiera que me llevara a algo de lo que pudiera asirme, pero todos terminan en el aire. Siento como si estuviera a punto de desaparecer. El delirio dura nada más que unos momentos, antes de dispersarse en el sonido constante del suave chapoteo del agua contra las paredes del pozo. El temor que deja tras de sí dura un poco más, aunque hay un ejercicio que siempre me ayuda a aliviarlo hasta conciliar el sueño y regalarme una tranquilidad casi completa: en mi imaginación, recorro el hueco a lo largo de sus paredes, desciendo a través de esas aguas oscuras y espesas, en busca del fondo. Pero el fondo nunca llega. Sólo hay un negro perfecto, en el que sigo cayendo hasta olvidar todo.

FINAL CON GRILLO

Para Datsun

Cuando nació, de un vientre de alquiler, el color gris verdoso de su piel despertó muecas de asco. La pareja de padres postizos despidió a los médicos con un contrato de confidencialidad y a los padres biológicos con unos billetes extra y palmadas de falsa compasión en la espalda. Salieron de esa casa en un barrio perdido a las orillas de la ciudad y arrojaron a la bebé en un lote baldío, molestos por la necesidad de invertir en una gestación y un parto nuevos. El aroma del barro fresco le dejó una marca profunda. Cada vez que vuelve a olerlo, un estremecimiento recorre todo su cuerpo, aunque no sabe la razón.

Tampoco es capaz de recordar el nombre y autor de una sola de las canciones que ha escuchado a lo largo de su vida, aunque, por otra parte, las memoriza todas a la perfección. También sabe con precisión el momento y el lugar en que estaba cuando las oyó por primera vez, aunque le cueste ponerlo en palabras.

Una mujer, que entre semana alternaba su trabajo de santera con lecturas callejeras de tarot y los fines de semana vendía grapas que escondía bajo el mantel de su puesto de jugos en el tianguis, la levantó cuando su respiración se había vuelto lenta hasta casi desaparecer (aparentemente, un designio en el mazo que había tirado en la mañana le había anunciado el hallazgo y

supo que debía llevarla a su casa). La bebé solamente movía los labios. Cuando la mujer acercó el oído, notó, más como presentimiento que como auténtica percepción, que repetía un sonido suave a ritmo constante, como una sílaba indiscernible. Eran los latidos de su propio corazón. Más tarde, cuando escuchó melodías distintas y más complejas, tuvo un repertorio más amplio. Estrictamente cada segundo lo pasaba tarareando canciones. Por cierto, nunca dormía. Tal vez habría cantado si hubiera sido capaz de pronunciar una sola palabra antes de los siete años.

Al principio, la mujer lo encontró intolerable, hasta que un día se le ocurrió dejarla en una esquina, con un plato vacío a sus pies, para la limosna. Resultó que para eso era una superdotada. No paraba nunca de repetir cualquier tonada que por turno se le hubiera pegado desde el amanecer y podía quedarse en el mismo sitio y postura (la mano extendida, la palma vuelta hacia arriba) hasta que alguien llegara a moverla. Fue un periodo de feliz simbiosis para la madre adoptiva, hasta que la niña enmudeció, justo antes de que llegara la adolescencia. Dos meses más tarde el silencio se mantenía y no daba la impresión de que fuera a romperlo pronto. Lo leyó como un pésimo augurio. Además de lo que encontró en su adivinación, echando mano de una conciencia administrativa admirable, calculó que sus finanzas quedarían en mejor estado si la dejaba en cualquier calle solitaria del barrio más alejado de su casa. Previó acertadamente que no sería capaz de regresar.

Su apariencia recordaba más a la de un anfibio o un liquen que a la de un ser humano. Eso debe haberle simpatizado

al grupo de estudiantes de biología que vivían cerca de ahí. La tarde que fue abandonada, ellos llevaban a cuestas una borrachera que ya duraba una semana. La falta de respuesta ante su interrogatorio sobre domicilio, nombre y demás, pero, sobre todo, la docilidad aparente en su mirada les convenció de llevarla con el resto de quienes compartían su casa (el número variaba cada día, pero se movía alrededor de la decena) y presentarla como la Niña Planta. Tenían poco más que ofrecerle además de cerveza y papitas, pero ella pareció satisfecha. Al final de la noche, en medio de su primera borrachera, ya le resultaba imposible mantener la vertical, pero pronunció la primera frase de su vida, en modo imperativo: "Pongan más música". Antes de terminarse la siguiente caguama, ya había vuelto a cantar.

Rocha, el mayor de los estudiantes y quien había firmado el contrato del inmundo departamento, la mantuvo a su lado como el único huésped constante durante los nueve años que tardó en terminar la carrera. Se convirtió en su amuleto. Le tomó algo de tiempo, pero encontró un método que le permitió memorizar las planillas de claves que compraba, por medio de sus contactos, para aprobar los exámenes: con sólo ponerlas en una canción improvisada, ella podía repetirlas sin detenerse, como un mantra, mientras él se dedicaba a cualquier cosa que no le implicara demasiado desgaste intelectual. Después de dos o tres días, durante los que había escuchado las claves sin parar, en una misma tonada infinita, se quedaban impresas en su memoria, como por arte de magia. Además, su presencia,

señal un tanto vaga de las aptitudes paternales de Rocha, persuadía sin falla a las visitas femeninas de quedarse en su sala un poco más, justo lo suficiente.

De todo esto, como de sus siguientes años, ella no recuerda más que los momentos a los que puede asomarse cuando vuelve a escuchar las mismas canciones de entonces. En esa niebla quedó la memoria de su trabajo en las líneas de ensamblaje de una maquila; su exhibición como niña-trofeo en *spots* del Teletón; su estancia de semiesclavitud en la oficina del presidente ejecutivo de una trasnacional, donde llegó a hacer de tope de puerta y pisapapeles; y su aparición (sin que nadie supiera cómo llegó ahí) en el segundo plano de la foto histórica donde los presidentes de México y Estados Unidos firmaban un acuerdo para concesionar las áreas naturales restantes del territorio nacional. También, el día en que vio al que habría sido su padre postizo, el mismo que sobornó a su familia biológica, un segundo antes de que lo atropellara un microbús: ella le miraba con insistencia desde la banqueta y él se distrajo con esa niña de apariencia extraña, que le recordaba algo fuera del alcance de su conciencia. En el segundo que le tomó darse cuenta de que estaba por morir, mientras su vida entera pasaba frente a sus ojos, ella apareció dos veces en la película.

Hoy Rocha está sentado a su lado, al interior de una casita, casi vacía, que ella renta en medio de un campo deshabitado y polvoriento. Debe ayudarle a hacer una lista. Como ella es incapaz de encontrar las canciones que recuerda, más allá de las tonadas en su cabeza, él debe identificarlas y grabarlas.

Se ayuda de una *app* recién diseñada, que parece hecha a la medida de ella. Por medio de esta, una tonada que se tararea en el micrófono de la *laptop* es cotejada con su correspondiente original. Cualquier recuerdo musical vago puede encontrar su fuente. Es una tarea larga, porque ella tiene una memoria musical inagotable, pero antes de que termine el día, ya tienen las más importantes.

Ella está convencida de que eligiendo adecuadamente la música se puede contar la historia de una vida, en todo su arco y hasta en sus menores detalles, y al apretar el botón de reproducción se tendría un relato más preciso que con cualquier biografía escrita. Esa *playlist* es un regalo que Rocha quiere hacerle. Será lo último que ella escuche (tiene una enfermedad que nadie ha sido capaz de diagnosticar, pero en los últimos días ha cobrado toda la apariencia de ser terminal) y sonará en las bocinas del auto de Rocha en su entierro clandestino, de forma que los escasos testigos hagan el recorrido de esa vida como si hubieran compartido cada día con ella.

Está conectada a un respirador artificial ambulante, una de las muchas baratijas de las que ha debido echar mano desde hace unos años, debido a complicaciones de defectos congénitos que no pueden contarse con los dedos de una mano. Está cansada, lo único que desea es cortar los cables del aparato, dejar que el aliento se escape y, junto con él, cada uno de los sonidos que ha acumulado, un conjunto que empata a la perfección con el de sus recuerdos. Todos ellos se agolparán para salir por cualquier resquicio, dejándola vacía, como si alguien

le hubiera jalado al escusado. Desea conocer el sueño por primera vez.

Poco antes de irse Rocha (pasará a recoger el cuerpo al día siguiente por la mañana), toman la última cerveza y comienzan a escuchar la lista. A medio camino, él se da cuenta de que se trata de la obra de un genio: cada parte de su amiga está en esas notas. Para alguien que no aprendió nunca a atarse las agujetas o a decir enunciados complejos, ese solo talento compensa la falta de los demás. Un grillo canta en la oscuridad que hay al otro lado de la ventana. Ella pide un favor de última hora. Sí, puede añadirse el grillo para cerrar la lista, le responde Rocha antes de dejarla sola.

SEACRET

Poco antes de morir, Josh se frotó los ojos, después de pasar una noche casi en blanco (dio algunas cabezadas, aunque él juraría que no durmió un solo minuto), y encogió el cuerpo con lentitud para ponerse en pie sin despertarla. Tomó su tabla y abrió con suavidad, tardándose casi un minuto entero en hacerlo, el cierre de la casa de campaña. Vio a Adriana, recostada de lado, con el aspecto de quien no se sabe observada. La arena brillaba sobre su piel. Su cabello parecía una estopa usada en el piso de un taller mecánico, pero lo que sentía al mirarla le impedía notarlo. Ella reflejaba la forma de su deseo y estuvo a punto de inclinarse para hacerle una caricia, pero se contuvo. Salió descalzo a la arena fría y sus pies, calientes por la resaca, se volvieron más ligeros.

Adriana aprovechó su salida para cambiar de postura. La inmovilidad es más incómoda cuando se finge el sueño. De acuerdo con los planes, debían tener todo listo para el regreso antes del mediodía, pero podía apostar a que varios de sus compañeros apenas serían capaces de despertar hacia las tres de la tarde. Aún escuchaba las voces y la música afuera. Tal vez, ahora que estaba sola, podría dormir al menos una o dos horas. ¿Qué estaría haciendo su novio, a varios cientos de kilómetros, en ese momento? Seguro cualquier cosa para distraer la espera, hasta que comenzara su primer día de trabajo, o hasta que ella regresara.

Había un viento fresco y olas bravas cerca de la playa. La fogata llevaba varias horas muerta, pero casi todo el grupo seguía hablando como si hubiera una medalla de por medio para el último en dormirse. Josh caminó en una línea oblicua que le alejaba de ellos (aunque no demasiado) y sin dar a entender que notaba su presencia. Más que la deshidratación, lo que le martillaba la cabeza por dentro era el eco de todo lo que había dicho. También le avergonzaba un poco su edad. O mejor, la forma en que su edad contrastaba con la juventud de ellos. Cuando sus pies entraron en el agua, sostuvo con fuerza la tabla frente a sus hombros, con la palabra que había grabado cerca de la punta, *SeaCrest*, apenas visible, y le dijo en un murmullo: Dales un buen susto, que me pierdan de vista unos minutos y ya. Que ella se despierte con los gritos y corra a abrazarme cuando me traigan a la arena, jadeante. En inglés, claro, porque era el único idioma en el que le hablaba a su tabla.

Gela y Rosco se habían separado un poco del grupo para escapar del sonido de bajísima fidelidad de las bocinas. La intención era ver el amanecer, aunque no había un solo punto en que el cielo fuera visible tras las nubes. Ahí va el gringo, dijo Rosco, que daba pestañeos cada vez más largos. ¿Cómo se le ocurre aventarse? Ve nada más cómo amanecieron las pinches olotas. Alargaba las vocales al hablar.

Es un surfo. Justo eso es lo que busca, contestó ella, empezando a creer que jamás necesitaría dormir de nuevo.

Por mí está bien, dijo Rosco. Sólo así deja de hablar, cabrón enfadoso.

Para eso dejó su ciudad y su familia, siguió Gela, sin ponerle atención. La idea creció de pronto dentro de ella con los últimos jirones del ácido que se había comido al empezar la noche anterior. Por eso vive solo, ¿no? A veces se junta con turistas, o espera que Adriana venga de nuevo. Pero lo importante, lo que siempre espera, es el momento en que el mar le da una buena pelea. Señaló a Josh. Lo vio hablarle a su tabla, con los labios casi tocándola, decidido a entrar en el agua.

Debería haberle puesto *Seacret*, dijo ella.

¿Qué?, soltó Rosco, sobresaltado. Un segundo antes, había estado a punto de dormirse.

Sí, ¿ves que su tabla se llama SeaCrest? Cresta del mar, o cima del mar, algo así. Siempre le habla, como si le dijera un secreto. Por eso digo que le debería haber puesto el nombre de Seacret. La palabra no existe, se me acaba de ocurrir, pero sería como secreto del mar.

La escribió en la arena húmeda con el índice.

Ajá, dijo Rosco, recostado.

Alcanzó a ver la letra redondeada de Gela, antes de que el agua llegara a borrarla. En ese momento se quedó dormido.

Índice

Así nos queremos 7

Después de Elán 41

Hogar, dulce agorafobia 65

El vacío bajo mi cama 97

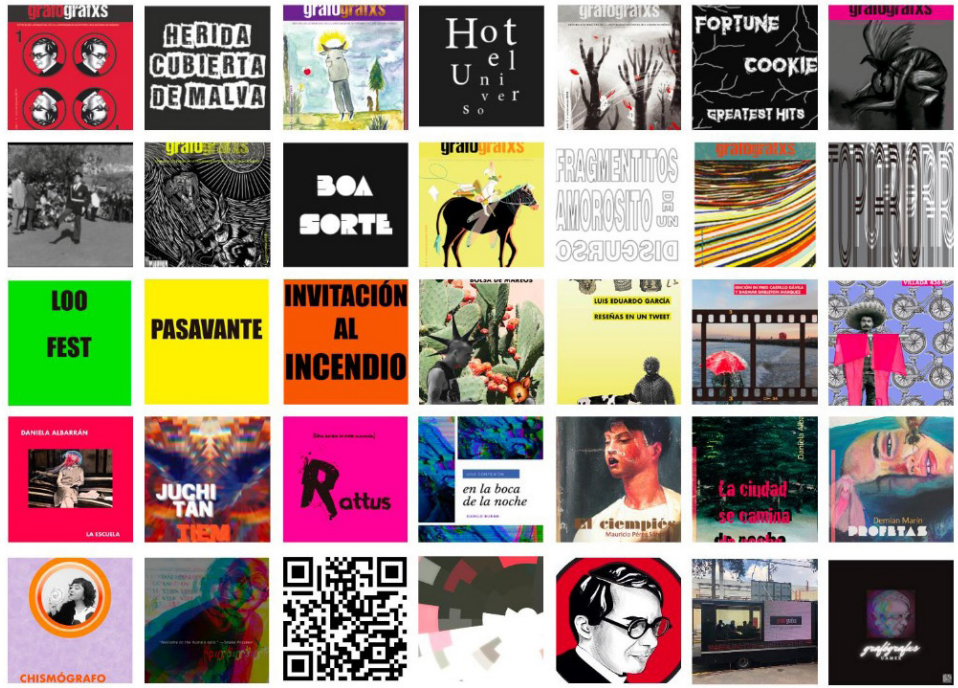
Final con grillo 119

Seacret 127

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

Grafógrafxs UAEMex

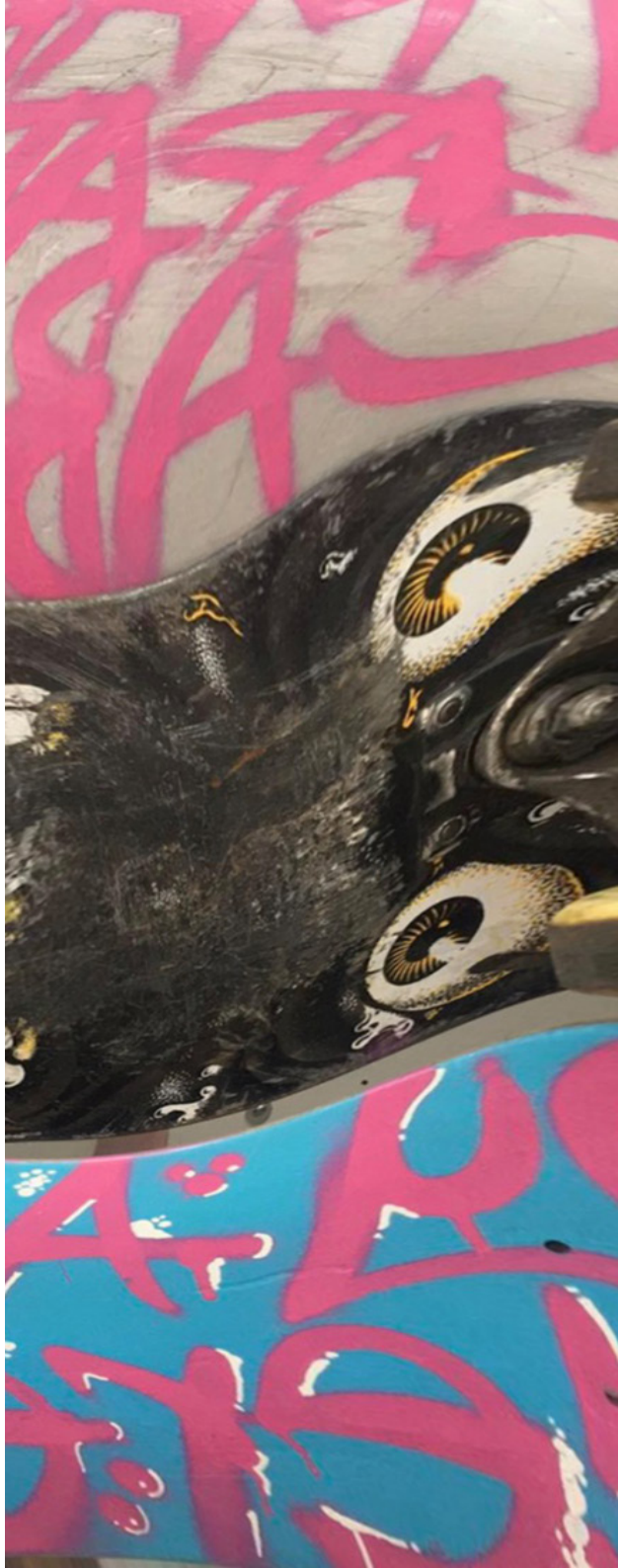
@grafografxsuaem

Grafógrafxs UAEMex

Contacto

grafografxs@uaemex.mx

Final con grillo, de Atahualpa Espinosa, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs,* editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, Leona Vicario, No. 201, 3er piso, Barrio de Santa Clara, C.P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel. (722) 481 1800.
Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.
Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.
Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.
Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 4, núm. 1, de *Grafógrafxs*, enero-marzo de 2022.



INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

grafógrafxs